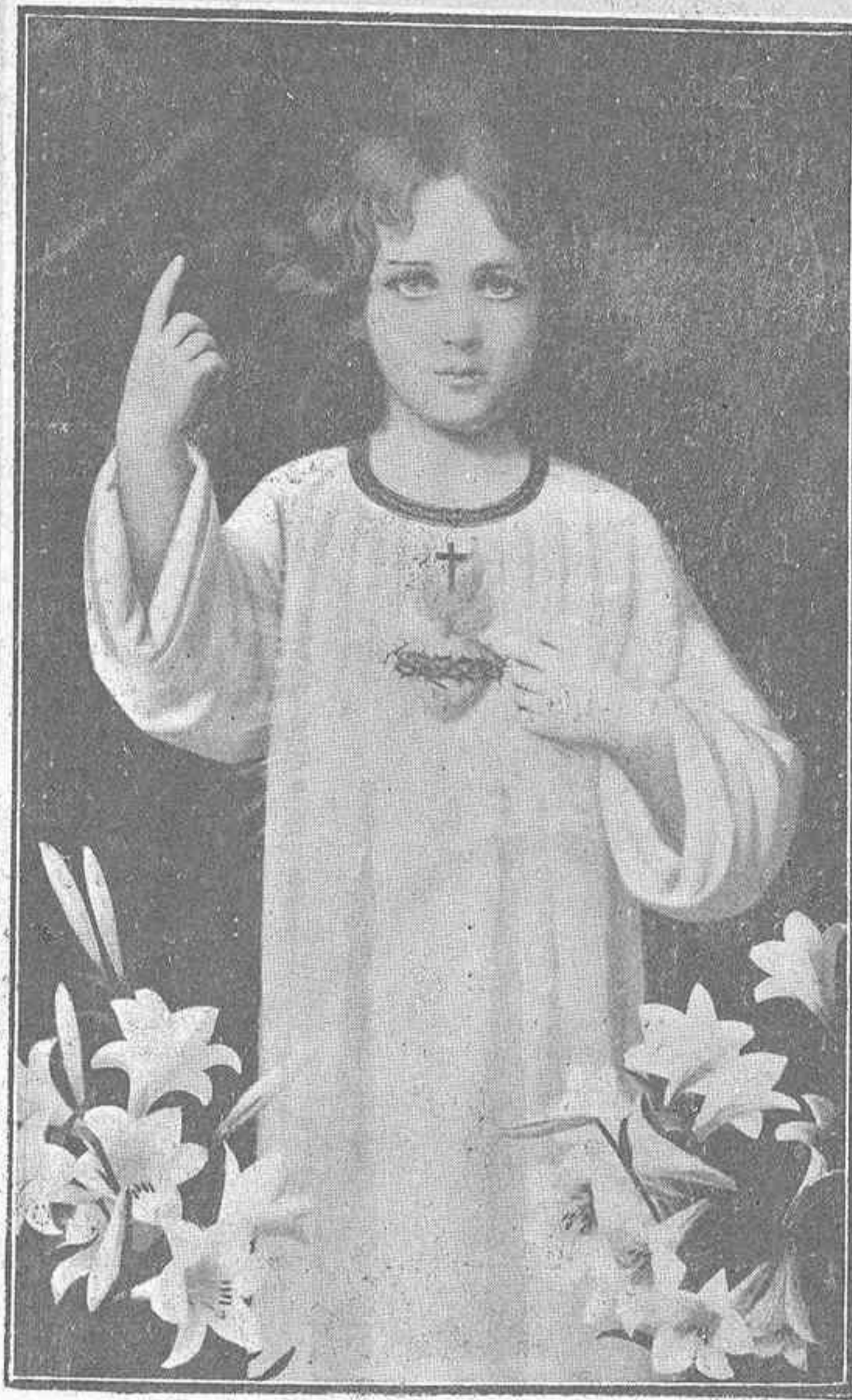




PAGINAS ESCOLARES



MARZO
1914

TEXTO.—Luis M. de Albuquerque.—La Congregación Mariana del Seminario Menor, en San José de Costa-Rica, *Victor Manuel Arrieta*.—La otra vida.—Vergel de Mártires.—México: Homenaje a Jesucristo, *Manuel Dosal*.—Anecdota de la abuelita.—Los «Agnus Dei».—Cuidando a papá.—Un nuevo Constantino.—Colegio de Gijón, *Alfonso Llanes*.—Colegio de San José, en Valencia: El Santo del R. P. Rector, *Juan J. López Laguarda*.—Las Secciones en las Congregaciones Marianas.—Doña Rita y la Silveria.—El Cristo del Coscorrón (Cuento Aragonés).—Apostolado de la Oración.

GRABADOS.—Luis M. de Albuquerque.—El Santo Angel de la Guarda.—Congregación Mariana: Segunda Sección de mayores, en San José de Costa Rica: Sección de menores de la misma Congregación.—Brigadieres del Colegio del Salvador, en Buenos Aires, durante el curso de 1913: Primera Brigada del mismo Colegio, en 1913.—Los fundadores de la Escuela Apostólica, en Córdoba (Argentina).—Hermosa cruz, que como recuerdo de las fiestas constantinianas celebradas en Banapá (Fernando Póo) levantaron los Misioneros españoles del Corazón de María.—Comunidad de Misioneros españoles en Fernando Póo.—Milagrosa imagen de la Virgen.

El Almanaque de la Prensa Católica

Está a la venta en las principales librerías el Almanaque de la Prensa Católica para 1914, publicado por el Centro *Ora et Labora*.

Son cinco los Catálogos que comprende el Almanaque de 1914.

1.º General descriptivo de todas las publicaciones católicas de España. Comprende 150 publicaciones más que el del año anterior, ó sea en total 759 publicaciones, dispuestas por orden alfabético y de las que se expresan títulos, subtítulos, carácter, periodicidad, tamaño, número de páginas, precio y dirección.

2.º Catálogo clasificado de las mismas 750 publicaciones por razón de la mayor o menor frecuencia con que ven la luz.

3.º Otro por razón de la materia, en el que puede verse cuántas y cuáles son las publicaciones católicas de España que tratan v. g.: de Música, Literatura, Feminismo, Pedagogía, etcétera.

4.º Otro por orden alfabético de provincias con expresión de las publicaciones que ven la luz en cada capital y en cada pueblo de la provincia.

5.º Otro especial de las publicaciones diarias y semanales que han establecido suscripciones temporales a precio reducido, accediendo a la propuesta del «Centro *Ora et Labora*» de Sevilla.

En fin

El Almanaque de la Prensa Católica para 1914 es un interesantísimo volumen de cerca

de 300 páginas, en las que se encierran notabilísimos escritos de los primeros tratadistas sobre prensa, multitud de curiosidades históricas sobre la misma y más de diez mil datos relativos a las publicaciones católicas de España.

Es obra única en su género.

Y puede adquirirse por **una peseta**, franco de porte, pidiéndola al Administrador de *Ora et Labora*, Seminario de Sevilla.

* * *

Almanaque de los Amigos del Papa

Para 1914. Publicado por el semanario católico «Revista Popular» de Barcelona, que está en el 44 año de su publicación. Con censura eclesiástica. Librería y Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona. Apartado 231. Precio: 0,50 pesetas en rústica.

Después de un santoral muy completo, que divide todo el texto apropiado, por meses, nos ofrece el presente calendario un conjunto de amenidades de grata lectura; poesías, narraciones, articulitos, pensamientos, anécdotas y otros escogidos pasatiempos, que por el fondo católico práctico que lo distingue, merece ocupar un lugar en todas las familias cristianas.

La profusión de grabados de edición esmeradísima, y el conjunto muy bien presentado, lo hace acreedor a nuestra recomendación, y digno de su fama de muchos años acreditada.

PÁGINAS ESCOLARES

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA PARA JÓVENES ESCOLARES

Año XI.

Gijón, Marzo de 1914

Núm. 119

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

Luis M. de Albuquerque

Alumno Congregante del Colegio de Campolide
(LISBOA)

Nacimiento y primeros años de Luis

Nació Luis Mimoso de Albuquerque en Hoz de Duero, el 20 de Diciembre de 1889.

Fueron sus padres Antonio José de Albuquerque de Amaral Cardoso, de la noble y antigua casa de los hidalgos de Arco de Vizeu, distinguido ingeniero civil, y Doña María del Cármen Mimoso de Albuquerque, de la ilustre familia de los Mimosos de Linares.

Tipos acabados de la antigua hidalguía portuguesa, esmeráronse en dar a Luis, su hijo primogénito, a una con todo lo que pide una sólida formación social, educación cristiana aún más esmerada.

No hay desvelos ni industrias capaces de suplir los primeros cariños de una madre, y por eso jamás podrá borrar nadie del corazón de un niño esas enseñanzas primeras de las virtudes que ha impreso en él ese ángel tutelar de la familia a quien damos el nombre de madre; y cuando ese ángel, haciéndose cargo de la responsabilidad de su oficio, procura imprimir en la cera blanda del corazón de su hijo, no sólo el vigor de la vida física sino también el de la vida de la gracia, iniciándole ya desde la cuna en los secretos del bien y de la santidad, ese niño, formado así a imagen y semejanza de su madre, nada extraño es que sea un alma escogida. Y esto es lo que sucedió con Luis.

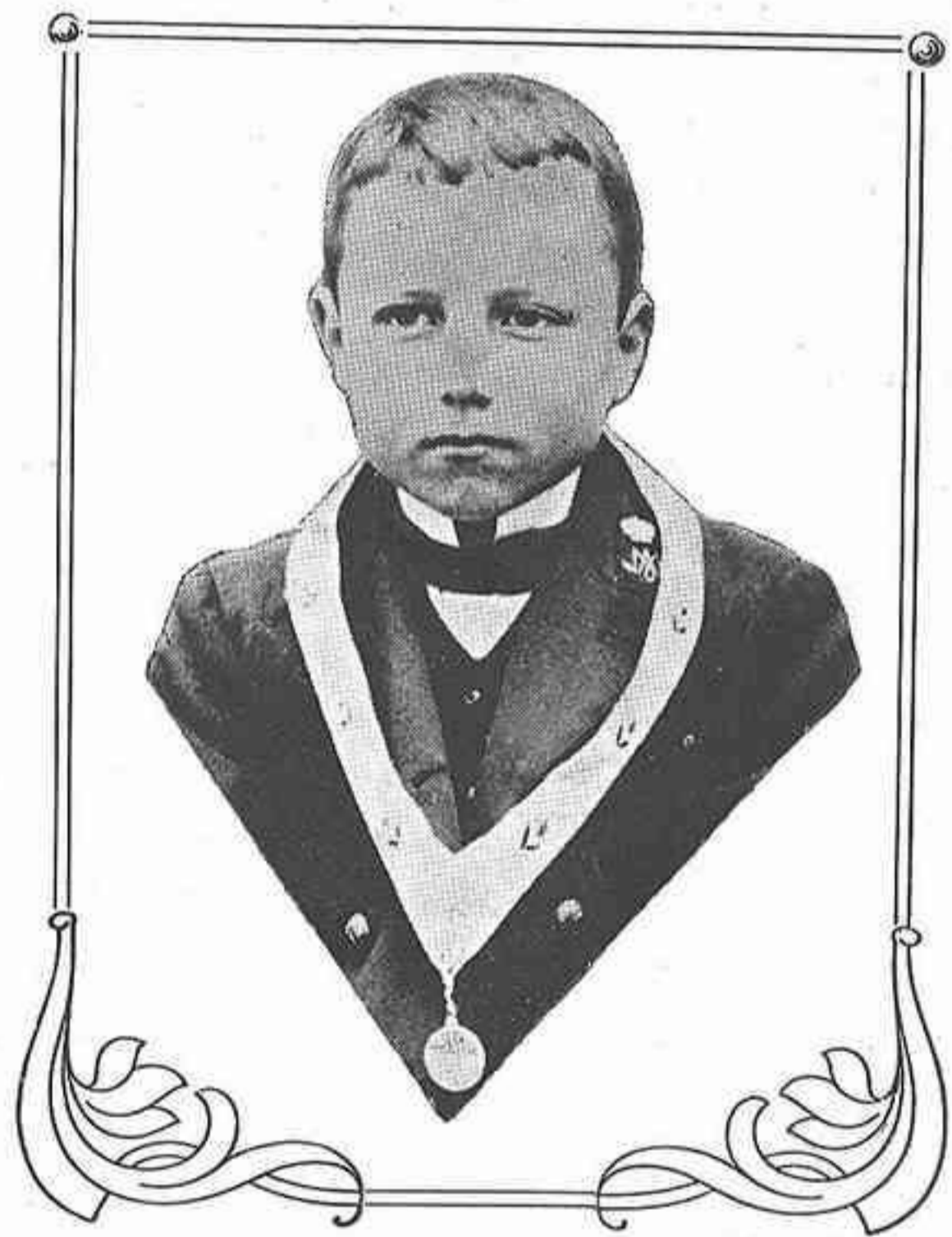
Resguardado siempre contra todos los peligros, estimulado con los consejos y más aún con los ejemplos de sus virtuosos padres al cumplimiento de todos los deberes y al ejercicio de la virtud, parece que no llegó a saber lo que era el mal.

Nunca dió a sus padres el más mínimo disgusto; en todo los obedecía, procurando hacer su voluntad con una prontitud que encantaba. Si alguna vez los veía tristes, acercándose a ellos les decía con gran cariño que no se afligiesen; pues les podía hacer daño a la salud. Su mayor gusto era estar con ellos, hablar con ellos, acompañarlos cuando salían de ca-

sa. Llegaba a privarse de los juegos propios de su edad para hacerles compañía, y mostrarles de este modo su grande amor.

Desde muy niño se señaló en la devoción a Nuestra Señora y a San Luis Gonzaga su Protector.

Aún no tenía seis años cuando oía misa casi todos los días, siempre de rodillas, teniendo en sus manecitas el Rosario, que rezaba con los ojos fijos en el celebrante.



Luis M. de Albuquerque, alumno congregante del Colegio de Campolide

Mas tarde, cuando todavía leía con dificultad, no quería oír misa sino leyendo en un librito, admirando a todos la compostura piadosa y angelical que guardaba durante el augusto sacrificio.

Al hacer la primera comunión acaeció una escena conmovedora muy parecida a la que en semejantes circunstancias se cuenta de San Luis Gonzaga. Al excitarle a la contrición de sus pecados, fué tan grande el dolor que le causó la consideración de las pequeñas faltas que había cometido, que rompió a llorar inconsolable con tan sentidos sollozos que costó sosegarle.

Día y noche traía pendientes del cuello varias medallas de su particular devoción, las cuales besaba piadosamente al acostarse y al levantarse.

No quiso nunca separarse de un devoto Crucifijo

recuerdo de su primera comunión; hasta por la noche lo apretaba entre sus manos y pegando a él sus labios se dormía.

Una doncella de su casa, a quien respetaba y obedecía, por estar encargada por sus padres de educarle en los primeros años, intentó más de una vez persuadirle que durmiese con el Crucifijo debajo de la almohada para que no se hiciera daño, a lo que él contestaba invariablemente. «Deje, deje, que lo quiero tener cerca de mí.» Y una vez que se lo quisieron quitar a viva fuerza, de tal manera lo apretó entre las manos que tuvieron que ceder. Si alguna vez de noche estando ya dormido conseguían sustraerle este precioso tesoro, al caer en la cuenta de ello por la mañana, se quejaba inconsolablemente de la traición.

Otro de sus inseparables compañeros era el Rosario de Nuestra Señora. Rezábalo todos los días con especial atención; y si por cualquier motivo no podía pagar este tributo de amor a su Madre del Cielo, por la noche, al acostarse, lo recitaba pausadamente. Sucedió a veces encontrarle rezando en noches frías, y como le dijese: «Luis, acuéstate y reza acostado el Rosario, que te vas a constipar,» el niño respondía serenamente: «Si me acuesto, me duermo y no rezo el Rosario;» y no se acostaba sin haber cumplido con su devoción. Con frecuencia le encontraron yerto de frío por haberle el sueño sorprendido en medio del rezo; pero siempre con el rosario en las manos y el crucifijo al lado.

Algún tiempo después de la primera comunión él mismo pidió que le impusieran el escapulario de Nuestra Señora del Carmen, gracia que luego le fué concedida y a la que toda su vida se mostró reconocido.

Dos años antes de hacer la primera comunión comenzó a aprender el catecismo; lo estudiaba y asistía a las explicaciones con todo empeño como quien estaba persuadido de la necesidad de la doctrina cristiana y de la sublimidad y grandeza del acto para que se estaba preparando.

Si alguno quería verle alegre no tenía más que darle una estampa piadosa: la besaba con devoción y la guardaba con verdadera estima.

Su inocencia, piedad y devoción a Nuestra Señora.

En Octubre de 1904 entraba Luis en el Colegio de Campolide. Aquí continuó en el mismo tenor de vida que llevó en casa, como se puede ver de los hechos siguientes que a granel he recogido.

En los dos años que estuvo en el Colegio, al llegar el mes de Mayo notósele extraordinario fervor en los ejercicios de piedad. Si durante el año eran frecuentes las comuniones, ahora comulgaba más a menudo en honor de Ntra Sra.; aplicábase con más empeño al cumplimiento de sus deberes de estudiante; trataba con su Padre Espiritual sobre el mo-

do de pasar bien aquellos días de bendición, procurando por su parte hacer algunas mortificaciones que cuidaba de cumplir fielmente para asegurar más la protección de su celestial Patrona.

Varios de sus compañeros afirman acordes, que durante todo el mes de María nuestro Luis se abstenia en la comida del postre y de la fruta en la merienda; encubriendo y disimulando tan delicadamente aquel obsequio a Ntra. Sra., que sus superiores lo vinieron a saber demasiado tarde.

No hay duda de este obsequio, pues encontrósele en un librito suyo un papelito escrito de su puño y letra, en el cual prometía a la Virgen dejar todos los días del mes de Mayo en su honor el postre para que le alcanzase de su Santísimo Hijo por medio de aquella mortificación el singularísimo favor de nunca manchar con pecado grave la virtud angélica de la pureza.

Distinguíase entre sus compañeros por el respeto y devoción con que rezaba y asistía a los actos del culto ya en la iglesia, ya fuera de ella. Tenía siempre las manos juntas mientras rezaba y si alguno en ese tiempo le hablaba, no le atendía; mas continuaba rezando con todo fervor.

Jamás faltó a la visita que los Congregantes acostumbran hacer en el mes de Mayo a la Virgen en su capillita, después de comer; asistía a ella con edificante devoción, especialmente los últimos días de su vida.

No podía ocultar el amor singular que profesaba a los pobres, y más de una vez dijo con sinceridad a sus compañeros que una de las ocupaciones que haría de mejor gana era enseñarles el catecismo.

Para probar un alfabeto de letras movibles que había comprado no halló mejor manera que consagrarle a la Stma. Virgen por medio de la invocación: «Oh María concebida sin pecado, rogad por nosotros que recurrimos a vos,» invocación que conservó hasta su muerte durante un año entero en su cartera y que sin duda repetía muchas veces durante el día, sobre todo en el mes de su amadísima Madre del Cielo.

No le vieron ni una vez en la iglesia con postura menos reverente. Las oraciones de la noche en el estudio siempre las rezaba por su librito y teniendo las manos juntas.

Durante la breve invocación que se suele hacer a Dios al comenzar las clases, afirmaron sus profesores, que la actitud ordinaria de Luis era clavar los ojos en la imagen que estaba enfrente, teniendo la postura y el semblante propio de quien ora con fervor.

Si alguna vez llegaba más tarde a clase veíasele rezar él solo con todo recogimiento, sin distraerse por el ruido que hicieran los condiscípulos que estaban a su lado.

Cuando estaba en dormitorio corrido, al acostar-

se y levantarse inspiraba devoción ver como besaba piadosamente las medallas y escapularios que traía al cuello, juntaba las manos, inclinaba la cabeza y así quedaba con un recogimiento angelical durante unos minutos, y por fin besaba tres veces el crucifijo, que siempre llevaba consigo.

Una vez que fué a pasar el día en casa de sus padres, después de regresar al Colegio, el Padre que le acompañó al dormitorio tuvo la curiosidad de observarle por sus propios ojos desde sitio desde el cual no podía ser visto. Luis, fiel a la santa costumbre, recorrió sosegadamente una a una todas aquellas prácticas de piedad sin sospechar que, además de los divinos ojos que estaban de seguro complaciéndose con tal vista, había también unos ojos humanos que con santa curiosidad le descubrían el secreto de su inquebrantable fidelidad y constancia.



El Santo Angel de la Guarda inspirando delicadas muestras de amor á Ntro. Sr. Jesucristo Crucificado

Pero donde sobresalía su piedad era en el cuidado con que se preparaba para recibir los Santos Sacramentos de la Confesión y Comunión.

En cierta ocasión preguntóle un Superior, qué había dicho a Ntro. Señor después de comulgar:

«Hoy le he hecho peticiones.» «¿Y qué pediste?» le preguntó el Padre.—Por mis padres y Superiores que tanto trabajan para educarme cristianamente, a fin de que Ntro. Señor se lo pague en este mundo y en el otro; también pedí mucho por mí, para que Dios me conceda la gracia de no cometer jamás pe-

cado mortal; finalmente, pedí también por mis compañeros y por mis amigos.

Otros días, añadió, leo solamente por el libro para no distraerme y rezo entonces las oraciones para antes y después de comulgar; y durante el día ofrezco a Nuestro Señor alguna mortificación en acción de gracias por el beneficio que me ha hecho al permitirme que le reciba en mi pecho.»

Mientras confidencialmente hacía estas declaraciones, traslucíase en su semblante un rubor angelical, claro indicio de lo que costaba a su humildad verse como obligado a revelar hechos íntimos de su vida.

Tenía costumbre de rezar siempre, al acostarse tres Ave-Marías a la pureza de Nuestra Señora, para que lo librase durante la noche de todos los peligros de alma y cuerpo.

Cuando durmió en dormitorio corrido, nunca, ni dormido, le vieron menos compuesto.

En las últimas vacaciones de Navidad que pasó en casa, arregló en su cuarto un bonito oratorio, en donde todos los días rezaba las oraciones de la mañana y de la noche.

Durante los últimos días que pasó en el Colegio hizo unos versos intitulados, «La Cruz,» los cuales a través de una versificación defectuosa revelan bien los sentimientos de fé y amor que le unían a Jesucristo y a su cruz, «leño santificado por su sangre, como canta en su sencilla poesía, escudo del cristiano, lanza con que hemos de armarnos en los combates de la vida, enseña siempre patente y pronta para acogernos a todos.»

(Se continuará).

Costa-Rica

La Congregación Mariana del Seminario Menor, en San José de Costa-Rica

En el Seminario Menor de San José de Costa-Rica, el 9 de Octubre de 1892, bajo la regencia del Presbítero don Januario Quesada (q. e. p. d.) y para provecho de los alumnos del Colegio, se instaló la Congregación Mariana, tomando por protectora y patrona a la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen y al glorioso San Luis Gonzaga.

Y desde su fundación hasta hoy, ¿cuáles son los frutos que la Congregación Mariana ha producido?

Basta hojear los libros que lleva la secretaría y se advertirá que además del gran número de sacerdotes que ha dado a la Iglesia costarricense, nuestra Congregación Mariana se gloria de contar entre sus socios, a comerciantes, agricultores, músicos, maestros, farmacéuticos, abogados, médicos, militares, mecánicos, doctores, etc.

Cuenta además la Congregación con una excelente biblioteca que atesora no solo magníficas obras científicas, sino también las últimas publicaciones literarias aprobadas.

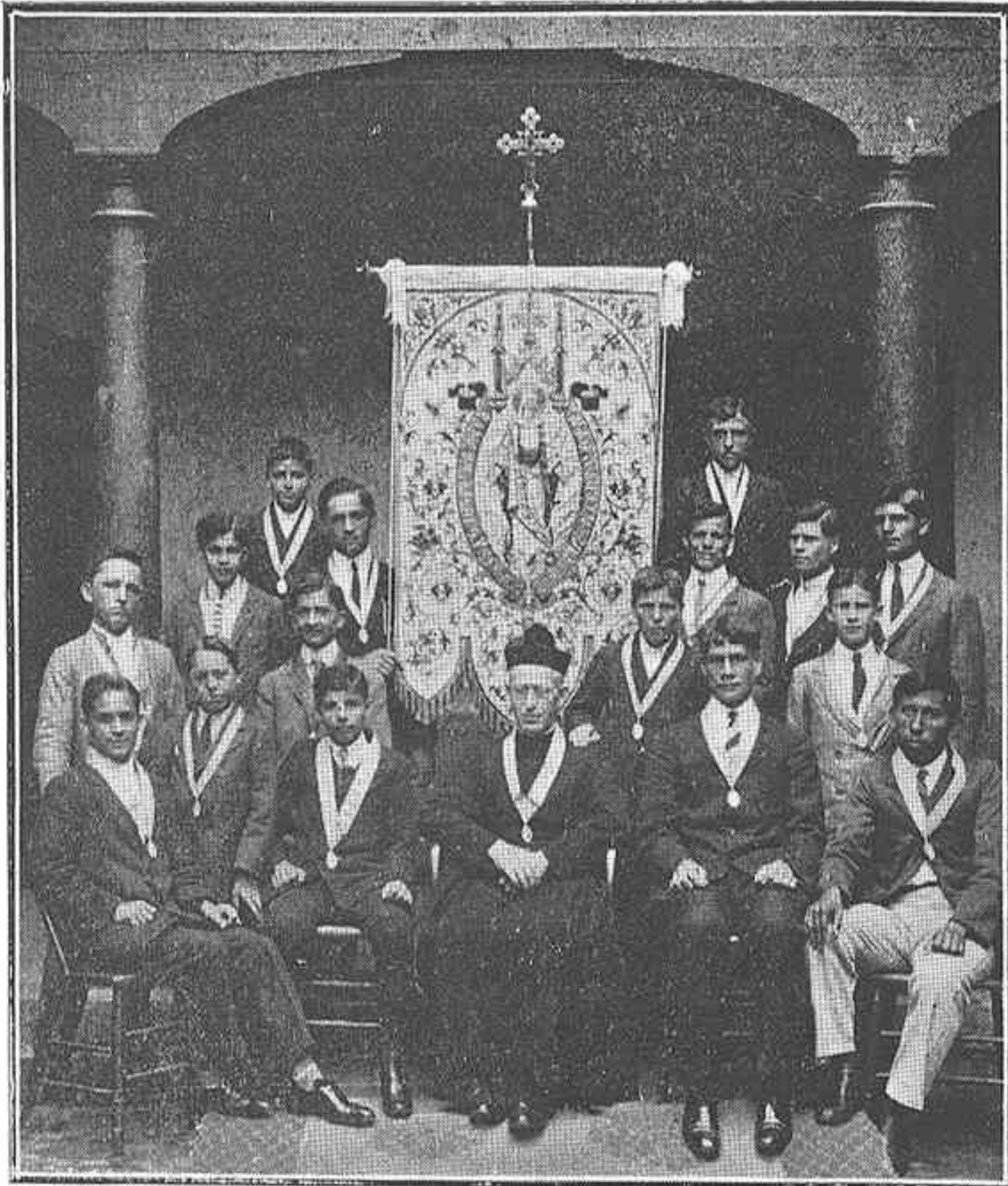
Compuesta actualmente nuestra Congregación de diez y seis socios y siendo en su género la única en nuestro país, deseando ávidamente extenderse para poder desplegar mejor sus ideales, con motivo del Congreso Eucarístico Nacional, recientemente celebrado con feliz y brillante éxito, la Congregación Mariana del Seminario convocó á todos sus hijos esparcidos por el país, para que juntos, no solo tomaran parte en los festejos Eucarísticos, sino también para proponerles la fundación de nuevas Congregaciones Marianas, para niñas y niños y también para adultos de ambos sexos.

Con entusiasmo y aplauso fué acogida la idea, y mucho se trabaja en las provincias por llevar a cabo lo propuesto.

No dudamos del buen resultado y ¡quiera la Santísima Virgen mostrarse propicia a nuestras súplicas y bendecir nuestros propósitos!

Recuerdos del Congreso Eucarístico

¡Debes de estar ufana, oh feliz y amada patria mía Costa-Rica! Porque has dejado escrita en tu historia una página de oro, la celebración del Congreso Eucarístico!



SAN JOSÉ DE COSTA RICA.—Congregación Mariana.—
Sección de mayores

¡Año de dicha, mil novecientos trece; días felices, nueve, diez, once y doce de Octubre, en los cuales, con éxito brillante, se celebró por vez primera en Costa-Rica un Congreso Eucarístico Nacional!

Jamás se vió en nuestro país tanto entusiasmo y tanto celo por la gloria del Señor. Los niños, los ancianos, las señoras y los caballeros, contribuyeron a porfía para que el resultado del Congreso fuera espléndido. Cuando se creía imposible su celebración, tanto por la agitación de la presente campaña política, como por el mal tiempo y hasta por la falta de medios, a fuerza de trabajo sobrehumano,

todo se dispuso en corto tiempo, y sólo se esperaba con ansia el día solemne de la apertura del Congreso.

Y llegó el suspirado día, y a las seis de la tarde del miércoles 8 de Octubre, todas las campanas de la Diócesis echaron a volar por entre las rejas de sus campanarios los acentos de sus lenguas de bronce, para anunciar a los fieles la apertura del Congreso.

Las anchas naves de la santa iglesia Catedral, adornada con sencillez, pero con esmerado gusto, no fueron suficientes para contener la aglomeración de fieles, que curiosos e impacientes esperaban presenciar un espectáculo jamás visto, a la vez que las bóvedas del templo devolvían los rítmicos acentos del órgano y las notas melodiosas del Himno Eucarístico, tan gustado y aplaudido por el pueblo.

En los siguientes días, 9, 10 y 11 de Octubre verificáronse las sesiones del Congreso. En la mañana con sesiones privadas, y las públicas al medio día. En ellas sacerdotes y caballeros, presididos por el Ilmo. Sr. Obispo, discutieron sobre asuntos de gravísima trascendencia para el bien de nuestro país en sentido religioso.

Pero fué sin duda ninguna el acto más grandioso del Congreso, la comunión de siete mil niños, en el Parque Central, el sábado 11 de Octubre.

Celebró la misa el Sr. Obispo en el kiosco del Parque primorosamente adornado de blancas flores y verde guirnalda. Durante la celebración del santo sacrificio, resonó el Himno Eucarístico por los cuatro ámbitos del Parque. Siete mil voces infantiles saludaban al Dios de los amores; siete mil almas candorosas oraban fervorosamente, y su oración perfumada con incienso, se elevó hasta el trono del Altísimo; siete mil niños de ambos sexos y menores de doce años, de fe sencilla, de corazón humilde y amoroso, recibían con fervor al **Dios-Hostia** que por amor se hizo niño como ellos.

El espectáculo, de suyo grandioso y sublime al mismo tiempo, conmovió a muchos de los presentes y arrancó lágrimas de alegría indescriptible, lágrimas que fueron de seguro presentadas, por manos de ángeles, ante el Señor de los Ejércitos, como tributo de fe y de piedad acendradas.

Pero faltaba otro acontecimiento no menos grandioso y sublime que el anterior: la solemnísimas procesión Eucarística del día 12 de Octubre.

Eran ya las ocho de la mañana. La ciudad, engalanada como nunca, mostraba una agitación intensa. Un sin número de personas se apiñaban en la calle novena para acompañar a Jesús Sacramentado en su marcha triunfal por las vías lujosamente adornadas de la ciudad de San José.

Ya la misa se había celebrado en el atrio de la graciosa y esbelta iglesia de la Soledad, convertida por el ingenio y exquisito gusto de las matronas jóvenes, en amenísimo jardín. En la mesa del altar, lujosa y ricamente revestido, descansaba la preciosa custodia que ostentaba el blanco disco de la Hostia consagrada, entre innumerables cirios colocados en hermosos candelabros.

El calor era sofocante y la multitud cada vez más numerosa, esperaba con impaciencia el desfile de la procesión.

Tres minutos antes de las nueve, el Sr. Obispo colocó el Santísimo Sacramento en suntuosa y lujosísima carroza tirada suavemente por tres troncos de vigorosos cabellos adornados con gusto y elegancia y dirigidos por palafreneros al estilo de Luis XV.

Al desfilar la procesión se entonó el Himno

LA OTRA VIDA

(HISTÓRICO)

El P. Lacordaire, tratando de la inmortalidad del alma, refería pocos años antes de su muerte a los alumnos de Soreze el hecho siguiente:

«Un Príncipe polonés, incrédulo y materialista, escribió un libro negando la inmortalidad del alma; estaba ya para hacerlo imprimir, cuando paseando un día en su parque, se echó a sus pies una mujer anegada en llanto, y le dijo con profundo dolor:—Mi buen señor, mi marido acaba de morir y su alma está quizá en el Purgatorio; sufre.....; pero soy tan pobre que no tengo ni aún para hacer celebrar una Misa por su alma. Dígnese vuestra bondad auxiliar a mi pobre marido.

Aunque el Príncipe estaba en abierta oposición con la fe de la mujer, no tuvo valor para rechazar su súplica y la dió una moneda de oro, con la que dichosa aquélla corrió hacia la iglesia y rogó al primer sacerdote que encontró celebrase algunas Misas por su marido.

Cinco días después de este hecho, a la caída de la tarde, el Príncipe releía y corregía por última vez el manuscrito de su libro, solo en su gabinete, cuando levantando la vista vió junto a su persona un hombre vestido al uso de los aldeanos del país: Príncipe—le dijo el desconocido,—vengo a daros gracias. Soy el marido de la pobre mujer que os pidió una limosna hace pocos días para poder celebrar la Santa Misa por el descanso de mi alma. Vuestra caridad ha sido agradable a Dios, y me ha permitido venga a daros gracias por tan inestimable beneficio.

Dichas estas palabras, el paisano desapareció como una sombra. Indecible fué la emoción del Príncipe ante prueba tan irrecusable; echó al fuego su manuscrito, se convirtió a Dios sinceramente, y perseveró en el buen camino hasta la muerte, haciendo público este suceso.»

Eucarístico, acompañado por bandas militares, y la multitud formada en corporaciones con sus respectivos estandartes y en secciones de parroquias llenó un espacio de kilómetro y medio de longitud.

La carroza del Santísimo caminaba reposadamente acompañada de ochenta mil personas que públicamente hacían ostentación de su fe inquebrantable.

La inmensa ovación al Dios-Hostia se deslizaba inenarrable por las principales calles de la capital, convertidas en jardines y engalanadas con artísticos arcos, guirnaldas y colgaduras de flores.

La procesión duró tres horas y media, como jamás haya durado otra en Costa-Rica.

Y después de haber recibido Jesús Sacramentado todos los honores posibles y las adoraciones del pueblo costarricense, la riquísima carroza se acercaba ya a la Catedral y el «Dulce-Prisionero» ya muy bien podía decirse:—«En Costa-Rica» yo [vivo, yo reino, yo impero.



SAN JOSÉ DE COSTA RICA.—Sección de menores de la Congregación Mariana

El apiñado gentío llenaba la calle central y ocupaba los pórticos de la iglesia Diocesana.

Entonces el Delegado Apostólico, tomó la rica custodia y sobre la multitud arrodillada trazó con el Santísimo el símbolo de la redención.

¿Pero sería una mera ostentación de la fé la solemnísimas procesión Eucarística?

¡Ah! no: Costa-Rica en tan solemne día se consagró al Dios Sacramentado y le prometió serle siempre suya y muy bien podemos jurarle a Jesús, que mientras en los sagrarios de nuestros templos en píxide de oro se reserve la Hostia Consagrada, en nuestro país

Él reinará
Y Él nuestro encanto
Siempre será.

Victor Manuel Arrieta,

Congregante Mariano



Vergel de Mártires

(Continuación)

Juan Li-king (4 años), † 19 Junio 1900. — Pablo, su padre, escapado de la persecución, se había escondido en un campo con su hijo. Al ver venir a los boxers ocultó a su hijo y huyó solo, pero atraídos los boxers por los gritos y sollozos del niño, fueron a él y le preguntaron dónde se hallaba su padre. El niño indicó la dirección que había tomado, y con esta indicación pronto los boxers dieron con el fugitivo, que al verse descubierto suplicó que le reuniesen con su hijo, pues querían morir juntos, ya que les era preciso sufrir el martirio; pero ellos le ejecutaron sin hacer caso de su súplica. Entre tanto, Juanito llamaba a voces a su padre, y un boxer, compadecido, le tomó en brazos para salvarlo, pero otro se lo arrancó y le cortó la cabeza.

María Tehang (2 años), † 27 de Junio de 1900. — La madre, de 25 años, estaba en Li-hoa-tsonn, en casa de sus padres, cuando los boxers llegaron a la aldea, y para escapar de la persecución se escondió con su hijo en un juncal. Los boxers, al pasar, echaron de ver por el movimiento de los juncos que había allí cristianos y dispararon sus fusiles. De resultas de los disparos fueron heridos madre e hija, sucumbiendo ésta instantáneamente. La madre sobrevivió tres días, sufriendo con resignación sus dolores.

Luis Tchenn-siao-jou (4 años). — Dudaron al principio los boxers de Tchenn-cheu, si habían o no de dar muerte a todos los niños cristianos. Pero un jefe solucionó la dificultad con estas razones: el niño de hoy será el hombre de mañana; si no matamos los niños cristianos, jamás suprimiremos su religión. Sus razones hicieron fuerza. Por este tiempo llegaron en busca de asilo Luis y su madre, y al punto fueron hechos prisioneros: el niño fué inmediatamente separado de su madre y condenado a muerte. Luisito lloraba amargamente, y aunque las gentes honradas de Tchenn-cheu, compadecidas suplicaban a los boxers que no los mataran, todo fué inútil; Luis fué conducido al lugar del suplicio, y parecía realmente un cordero en medio de lobos carniceros. Al salir fuera de la aldea, el jefe de la banda dió al niño un sablazo en la cabeza y los restantes le remataron con sus golpes.

Cuenta el mismo testigo, que poco después murió el hijo del asesino principal del niño, víctima de una terrible enfermedad, durante la cual gritaba sin cesar: «El niño a quien mató papá está aquí presente y me atormenta.»

María Kono-Sim (4 años). Pablo Kono-Fang-Yuan (7 años), († Junio 1900). — Además de estos mártires, murieron cinco, de la misma familia, que todos se llamaban María.

Este grupo, uno de los más graciosos, estaba compuesto por María, mujer valiente digna émula de la madre de los Macabeos; María Kono-mei, 15 años; María Kono-sou, 10 años, sus hijas: Paulo Kono-Fang-Yuan, 7 años, su hijo; María Kono-Wang-cheu, 21 años y María Kono-Lion-Cheu, 23 años, sus nueras; María Kono-sinn, 4 años, hija de la precedente.

Toda esta familia estaba escondida en una villa

pagana, San-Hontroum, y los boxers de su propia aldea, informados de su huída, fueron a buscarla.

Los bravos paganos que les habían dado hospitalidad, suplicaron de rodillas que les concedieran la vida, pero todo fué en vano, y los boxers exigieron imperiosamente que esta familia fuese conducida a la ciudad de donde había salido.

Subidos a un carro la madre y los niños, fueron llevados con una escolta de boxers, y cuando estaban en la mitad del camino, se detuvieron y les preguntaron los boxers si tenían dinero para rescatarse.

—No tenemos nada, respondieron. — Entonces es preciso que apostatéis. — Eso no lo podemos hacer. ¿Acaso es algún crimen ser cristiano?—Y la valerosa madre animó a sus hijos a morir alegremente, puesto el pensamiento en el cielo. Los boxers, furiosos, los hicieron descender del carruaje y les dieron muerte. La madre sobrevivió dos días al martirio de sus hijos, juntándose entonces a ellos en el cielo.

Marta Yang (6 años), † 25 de Junio de 1900. — Mientras Marta dormía con sus padres, los boxers entraron a saco en la casa. Las personas mayores huyeron sin pensar en defender a Marta, que dormía profundamente, y como no encontraron los asesinos más que a esta niña, la alancearon, y dormida en esta vida, despertó en el cielo.

Cuando sus padres volvieron a la casa, encontraron a su hija muerta con el rostro tan hermoso y sus ojos tan dulcemente cerrados, que parecía dormida.

La hermana mayor de Marta afirma que el cuerpo de su hermanita tenía cinco grandes heridas.

José Cheu-Siao-Wai (3 años), † 29 de Junio de 1900. — Fué muerto con su abuela, a quien la víspera del martirio vinieron algunos paganos a proponer la apostasía, como único medio de salvar la vida. Los cristianos todos rehusaron tales ofrecimientos y se animaron mutuamente para morir por la Fe.

Magdalena, que era una de las más fervorosas, decía a sus compañeras: «Puesto que Nuestro Señor Jesucristo murió por nosotros, razón es que nosotras muramos por él.»

Cuando los boxers llegaron de mañana, ella tomó en sus brazos a su hijito José, de edad de tres años, e intentó buscar su salvación en la huída; pero detenida por los boxers, recibió muchas heridas, y José y ella quedaron tendidos, como muertos.

Algunas horas después, el niño dió gritos de dolor y pidió de beber; y como se apercibiese de ello un boxer, con un grueso ladrillo rompió la cabeza de la madre y cortó luego la de José de un sablazo.

María Wang (4 años). — Su madre María era una ferviente cristiana que exhortaba no solo a su marido sino también a todos los cristianos a permanecer firmes en la fe. Al aproximarse los boxers, se escondió en un campo con sus dos hijos. Descubierta por ellos, les suplicó de rodillas tuvieran piedad de sus hijos. «Levántate, dijo un boxer, ve a hacer oración en la pagoda y quedas libre.» María permaneció de rodillas invocando sin cesar los dulces nombres de Jesús y de María, lo cual visto por los boxers, fué decapitada con uno de sus hijos. El mayor de ellos fué perdonado, y por él se ha tenido noticia del martirio de su madre y de su hermano.

(Se continuará).

MEXICO

Homenaje a Jesucristo

La República mexicana ha vislumbrado el primer rayo de luz entre las espesas tinieblas que la rodeaban; pues comprendiendo al fin que el remedio de sus desgracias no está ya en manos de los hombres, ha dirigido los ojos al cielo implorando del Corazón de Jesús piedad y misericordia.

El día 6 de Enero, precisamente cuando hacía cincuenta y tres años que Jesucristo había sido despojado de su reinado social en México por los reformistas, obedeciendo fielmente a la voz de sus prelados, sintiendo renacer en sus pechos el fervor cristiano, adormecido quizás, pero nunca extinguido, por tantas desgracias e infortunios y respondiendo unánimes a la voz del Soberano Pontífice, los católicos mexicanos, llenos de santo fervor y entusiasmo, en una solemne consagración nacional, han puesto a su querida patria bajo el augusto patrocinio, del Sagrado Corazón de Jesús.

El Papa, accediendo a las súplicas de los Prelados mexicanos, aplaudió y bendijo

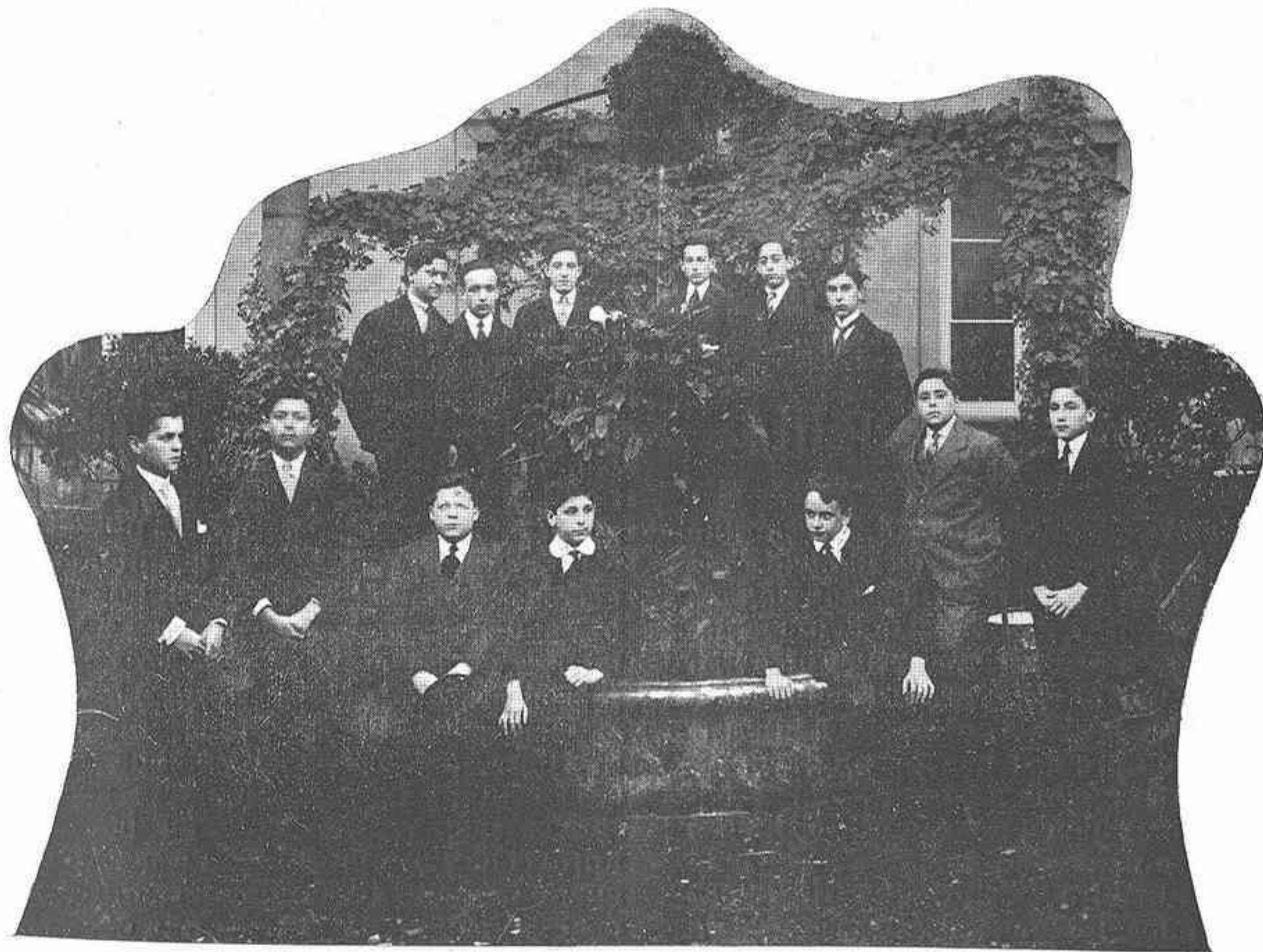
tan santo y noble propósito en una carta a todos ellos dirigida:

«Nos, dice Pio X, aprobamos todo esto de muy buena voluntad; mas puesto que el Rey de la gloria eterna fué ceñido con corona de espinas, la cual, más hermosa que las piedras preciosas y el oro, supera en esplendor a las coronas de estrellas, las insignias usadas por los reyes de la tierra, esto es el cetro y la diadema deberán colocarse a los pies de las sagradas imágenes.»

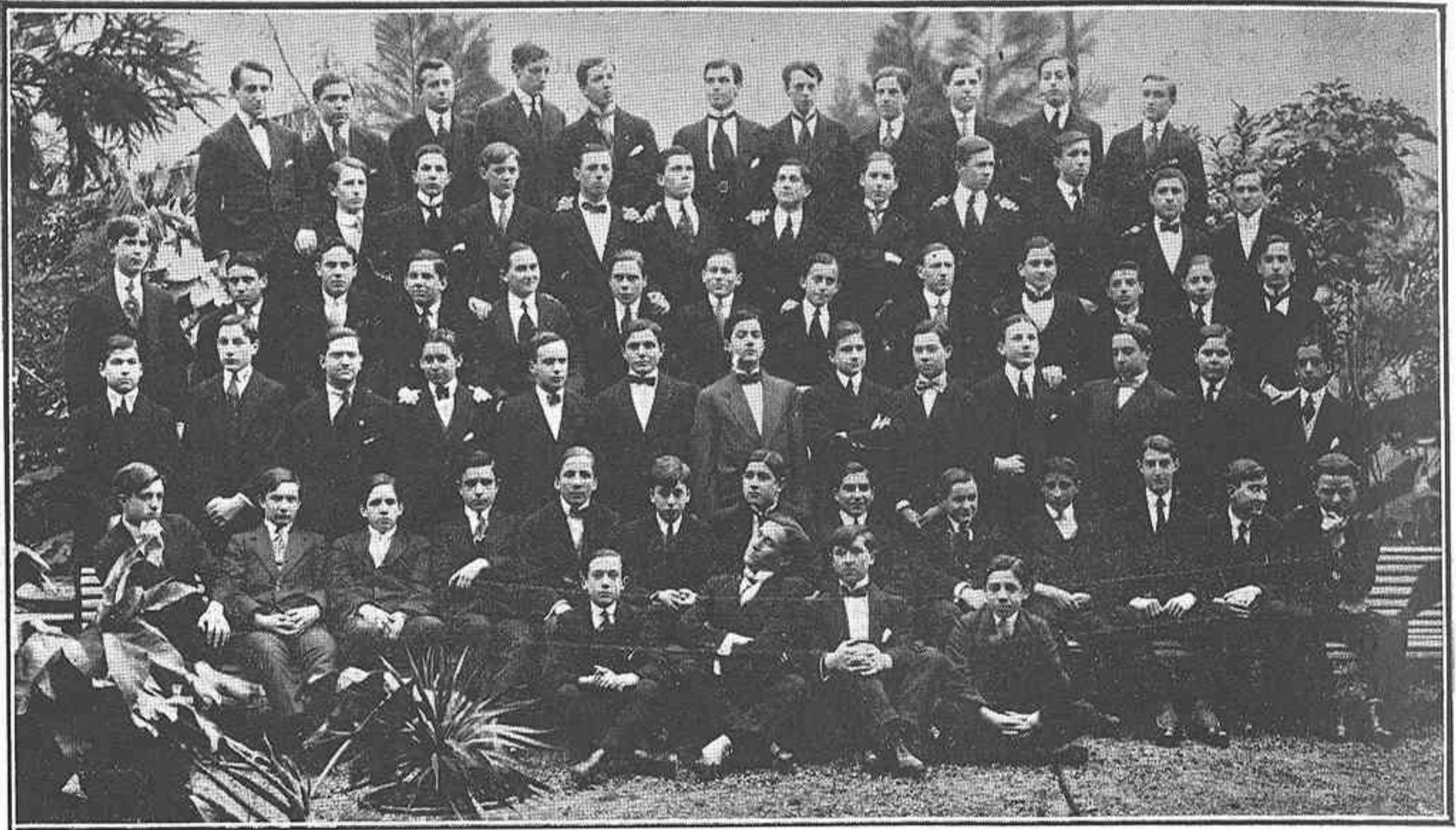
Al calor de este pensamiento que descendió de las alturas del Vaticano como un rayo de esperanza nacional, enardecióse la sangre de los católicos mexicanos no degenerados; y todos ellos juntos en apretada falange atravesaron las calles de la capital de la República en grandiosa manifestación, ostentando a la luz del día su glorioso carácter y aclamando a Cristo-Rey...

Y he aquí que la imagen de Jesucristo radiante de majestad y hermosura álzase ya sobre la elevada cumbre del Tepeyac, donde la Virgen su Madre, la *Indita* de Guadalupe, se dignó un día posar su bendita planta en testimonio de maternal amor a los mexicanos.

Y el águila azteca de Moctezuma, teniendo entre sus garras la simbólica serpiente y la corona imperial de Iturbide, yace hu-



BUENOS AIRES.—Colegio del Salvador; Brigadieres del Colegio durante el curso de 1913.



BUENOS AIRES.—Colegio del Salvador; Primera brigada en 1913

millada a los piés del Divino Redentor, que desde aquel venturoso momento es el Rey de los mexicanos y es su Padre que con los brazos abiertos y mostrando su ardiente corazón amante de los hombres, paréceles decir en las críticas circunstancias por que al presente atraviesan; «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados que yo os aliviaré».....

.....
 Quiera el Divino Corazón, en premio de este filial obsequio, hacer brillar, en el horizonte encapotado de nuestra desgraciada República, la aurora de días más prósperos y felices.

Manuel Dosal

Antiguo Congregante del Colegio de México
 y actual del Colegio de Gijón.

Anécdota de la Abuelita

Es tan grande el poder de San José, (decía una abuela a sus nietos) que alcanza en el cielo todo lo que quiere. Una vez, habiendo pasado de esta vida, uno de sus devotos, con ciertas deudas que había de satisfacer en el Purgatorio, no quiso San Pedro abrirle las puertas del cielo: pero él apeló a la intercesión de San José: el Santo rogó a nuestro Señor y le ofreció sus propios méritos en favor de su devoto para que le recibiese en la gloria. Y como el Señor no viniese bien en ello, porfió San José que, si su devoto no entraba, luego se saldría él del cielo. Aceptó el Padre Eterno esta salida; pero entonces dijo San José: Donde va el Esposo va la Esposa; venga, pues, conmigo y con la Virgen, Jesús: donde van el Rey y la Reina va también

toda su corte; salga, pues, conmigo y con Jesús y María toda la corte celestial. Al oír esto el Padre Eterno, se ablandó y respondió a San José. Entre enhorabuena ese tu devoto; que no quiero quedarme solo en el cielo.

Ya comprendes que en esta rara conseja todo es pura ficción, menos una cosa que en ella se significa, á saber: que es muy grande el poder que tiene San José en el acatamiento divino, para favorecer a sus devotos.

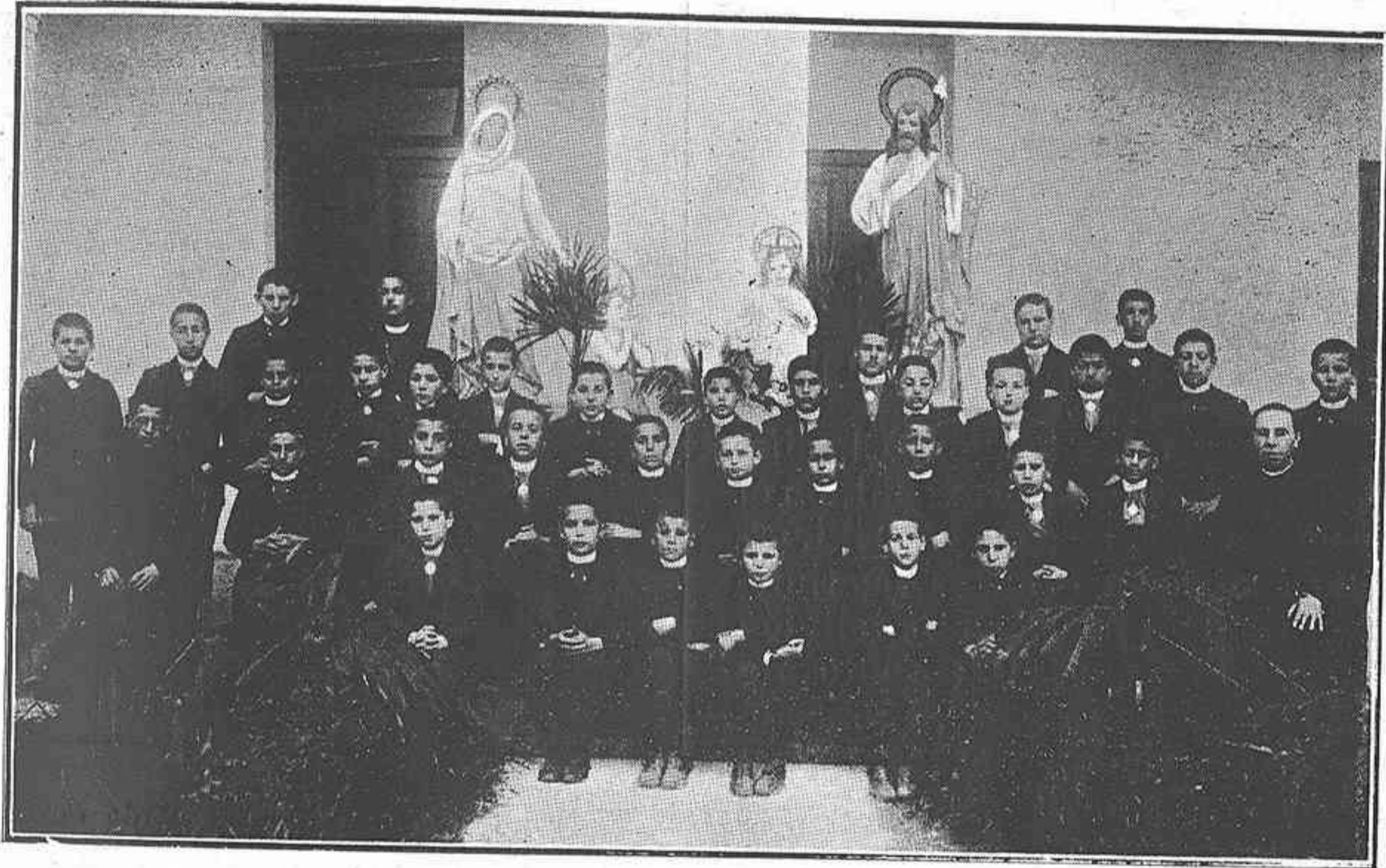
Pero hable ahora, no ya una abuela sencilla, sino la seráfica doctora de España Santa Teresa de Jesús. Quiero poner aquí su magnífico y auténtico testimonio, por ser tan eficaz, que todos los fieles que lo leen, se quedan aficionados y devotos a San José. Ya verás cómo en tí pasa lo mismo.

«No me acuerdo hasta hora, dice la santa doctora, haber suplicado cosa al glorioso San José, que la haya dejado de hacer: es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado Santo, y de los peligros que me ha librado, así de cuerpo como de alma: que a otros Santos parece les dió el Señor gracia para socorrer en una necesidad; a este glorioso Santo tengo experiencia que socorre en todas; y que quiere el Señor darnos a entender, que así como le fué sujeto en la tierra (que como tenía nombre de padre, siendo ayo, le podía mandar), así en el cielo hace cuanto le pide. Esto han visto otras algunas personas, a quienes yo decía se encomendasen a él, también por experiencia; ya hay muchas que le son devotas de nuevo, experimentado esta verdad. Querría yo persuadir a todos fuesen devotos de este glorioso Santo, por la gran experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios. No he conocido persona que de veras le sea devota, y haga particulares servicios, que no la vea más aprovechada en la virtud; porque aprovecha en gran manera a las almas que a él se encomiendan. Paréceme ha algunos años, que cada año en su día le pido una cosa, y siempre la veo cumplida; si va algo torcida la petición, él la endereza, para más bien mío. Solo pido por amor

»de Dios, que lo pruebe quien no me creyere, y verá por experiencia el gran bien que es encomendarse a este glorioso Patriarca, y tenerle devoción. »En especial personas de oración siempre le habían de ser aficionadas; que no sé como se puede pensar en la Reina de los Angeles, en el tiempo que tantos trabajos pasó con el niño Jesús, que no den gracias a San José, por lo bien que les ayudó en ellos.»



espíritus malignos, contra las injurias del aire y contra las enfermedades contagiosas: la bendición especial del Soberano Pontífice les imprime esta eficacia, y por eso en todas las naciones se conservan con mucha veneración entre los fieles. Entre los mártires encontrados en las Catacumbas de Roma, y que el Sumo Pontífice permite exponer a la veneración pública, hay algunos de nombre desconocido y cuyos huesos aparecen reducidos a ceniza, la cual se considera como reliquia y se recoge y mezcla



CÓRDOBA (Argentina)—Los fundadores de la Escuela Apostólica

Los "Agnus Dei"

Son unas medallas de cera, unas grandes y otras más pequeñas, que tienen grabadas la efigie de la Santísima Virgen o San José, y de otros santos, y en el reverso el Cordero Apocalíptico sobre el libro de los Siete Sellos. El Santo Padre bendice los *Agnus Dei* el domingo de Pasión; antes de 1870 tenía lugar esta ceremonia en la Capilla del Relicario que hay en Roma, en la Basílica de Santa Cruz, de Jerusalén, y ahora la verifica privadamente el Sumo Pontífice en su oratorio particular. Tienen entre otras gracias concedidas a los que usan de ellos devotamente, las siguientes, reconocidas por los Papas Urbano V, Paulo II, Julio III, Sixto V y Benedicto XIV. Disipan la tibieza, aumentan la piedad, defienden del vicio y predisponen para la virtud.

En todos tiempos ha dado Dios a estas medallas de cera una virtud singular sobre los

con la cera de que se hacen los *Agnus Dei*, y la llaman *Pasta de mártires*.

Cuidando a papá

Era durante los ejercicios de una misión. Juanita, que tiene seis años, decía a su papá.

—Cómo me gustaría ir contigo esta noche, al sermón; dicen que ayer había muchos señores que llevaban a sus hijitas.

¡Cómo me gustaría que me llevaras!

—Está bien—contestó el padre—te llevaré esta noche.

Por la noche Juanita, entra en la iglesia con su papá, quien la condujo al lado de una señora de su relación, y haciendo como que iba al sitio destinado a los caballeros, salió de la iglesia.

Juanita se apercibió de la maniobra y no dijo nada.

Al día siguiente ella quiso, como por capricho, quedarse entre los señores con su padre.

—¿Qué hace Vd. ahí?—le preguntó un sacerdote—ese no es su sitio.

—Señor,—respondió ella en voz baja—déjeme V. aquí: *estoy cuidando á papá.*

UN NUEVO CONSTANTINO

Una de las islas que componen el archipiélago de las islas Fidji, en Oceanía, es la isla Taveuni. En ella tuvo lugar un suceso, hace medio siglo, que recuerda extraordinariamente la victoria de Constantino, tan celebrada el año 1913, y que merece no perecer en la noche del olvido.

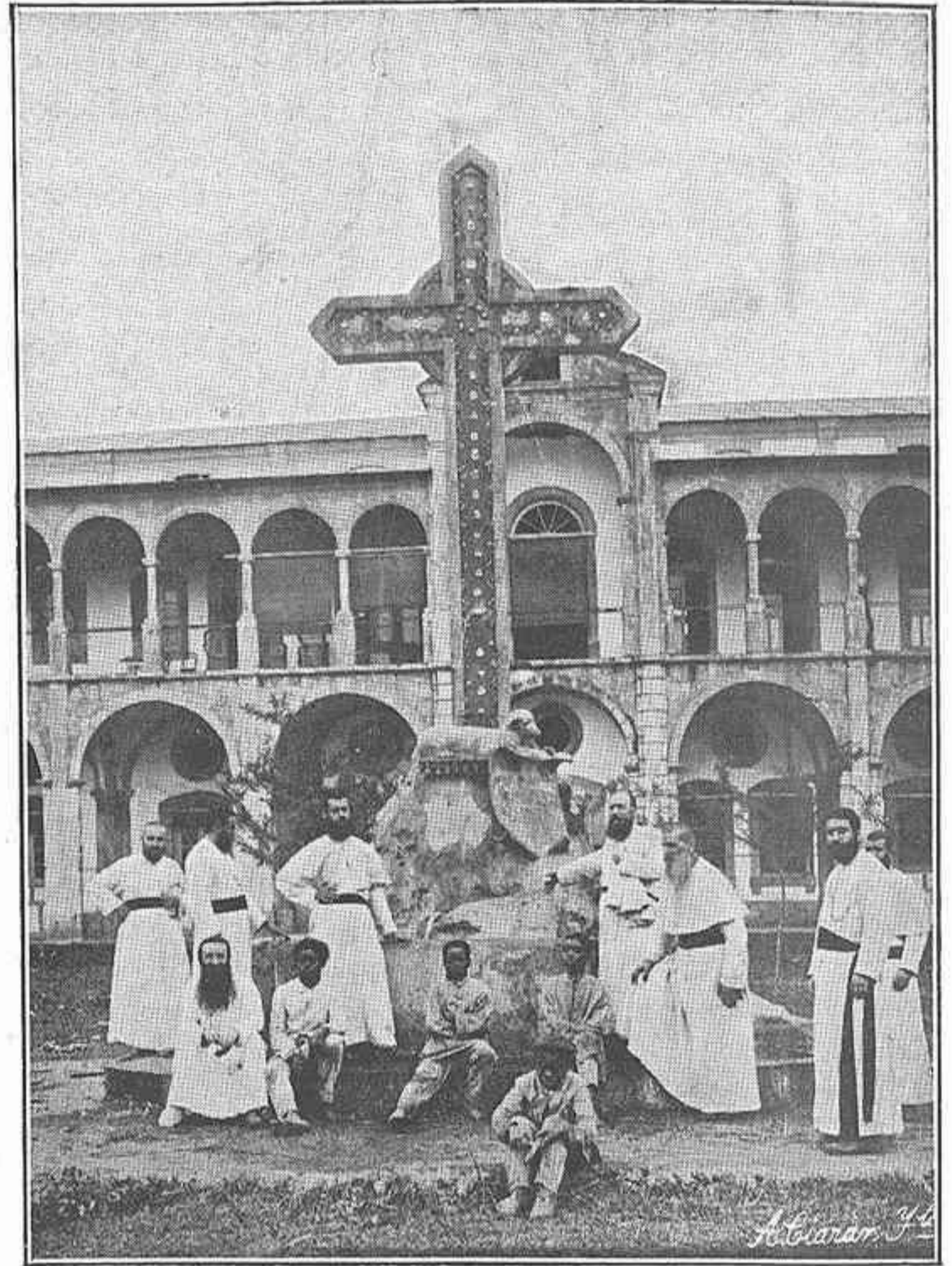
Corría el mes de Julio de 1862. El reino de Cahaudrove, en la isla Taveuni, en el cual se encuentra el poblado de Wairiki, estaba completamente sumergido en las tinieblas del paganismo: apenas si la religión católica contaba allí unos 100 neófitos recién convertidos. Por otra parte, los pastores protestantes wesleianos, dueños enteramente de la situación en Tonga, se valían de todos los medios, por inícuos que fuesen, para implantar su secta en el archipiélago de las islas Fidji. Para lograr ese fin, se valían del rey Jorge de Tonga, dócil instrumento de todos sus planes.

Ya anteriormente, había impuesto este Rey por medio de las armas, la secta wesleiana en los reinos de Rewa y de Baon, y quiso hacer lo mismo en el reino de Cahaudrove, en el mes de Julio de 1862.

Llegaron pues los enemigos y se apoderaron del rey de Cahaudrove. Ratou Raivalita, anciano ya y sin fuerzas, y lo arrastraron lejos de su pueblo. Pero su hermano, mucho más joven, no se desalentó por eso. Se puso al frente de las tropas de Cahaudrove, y dirigiéndose a la isla de Vanna Gevou, frente a Wairiki, juntó sus tropas y las preparó a la pelea.

Vivía entonces en Solevou, muy lejos de allí, un misionero, verdadero apóstol en toda la extensión de la palabra, el Padre Lorenzo Fabre. Siempre caminando de un lugar a otro, sin descansar jamás, trabajaba extraordinariamente para difundir la religión católica en toda aquella parte de las

islas Fidji, que se compone de las islas Vanna Sevou, Teveuni y Gamea. Apenas tuvo conocimiento del plan de los pastores wes-



Hermosa cruz, que como recuerdo de las fiestas constantinianas celebradas en Banapá (Fernando Póo), levantaron los Misioneros españoles del Corazón de María.

Se halla situado este ingeniosísimo monumento en medio del Colegio de Banapá. La cruz está enclavada en un peñón artificial de cemento que a su vez descansa sobre una concha circular destinada a recibir el agua de los surtidores.

Sobre el peñón se destaca un cordero labrado en piedra de cemento que se recuesta sobre el libro de los siete sellos, y con sus patas delanteras sostiene una placa con la inscripción: «Banapá en el XVI centenario de la paz Constantina. 313-1913.» La cruz lleva en su interior dos tubos: el uno destinado a subir el agua que forma el surtidor en que remata, y el otro para recibirla después y conducirla hasta la herida que el cordero tiene en su costado, de donde sale en forma de manantial. Tiene además la cruz en su centro una aureola formada por diminutos surtidores que figuran hacecillos de luz. El agua de los de la parte superior cae en los brazos de la cruz y conducida por un canal interior sale por las aberturas de los clavos y es recibida en tres conchitas que la dejan caer.

El adorno de la cruz es de estilo bizantino, formado por numerosas conchas de mar hábilmente combinadas.

leianos y de sus esfuerzos para apoderarse del hermoso reino de Cahaudrove, cuando abandonando su puesto de Solevou, fué a unirse al ejército, acampado frente a Wairiki.

Apenas llegado, atraviesa las filas de los soldados, se dirige al jefe Ratou Golea, y presentándole una cruz, le dice: «*Nada te-*

mas; por esta señal que te doy, vencerás: sé valiente, y ¡adelante! posees la señal de la victoria.»

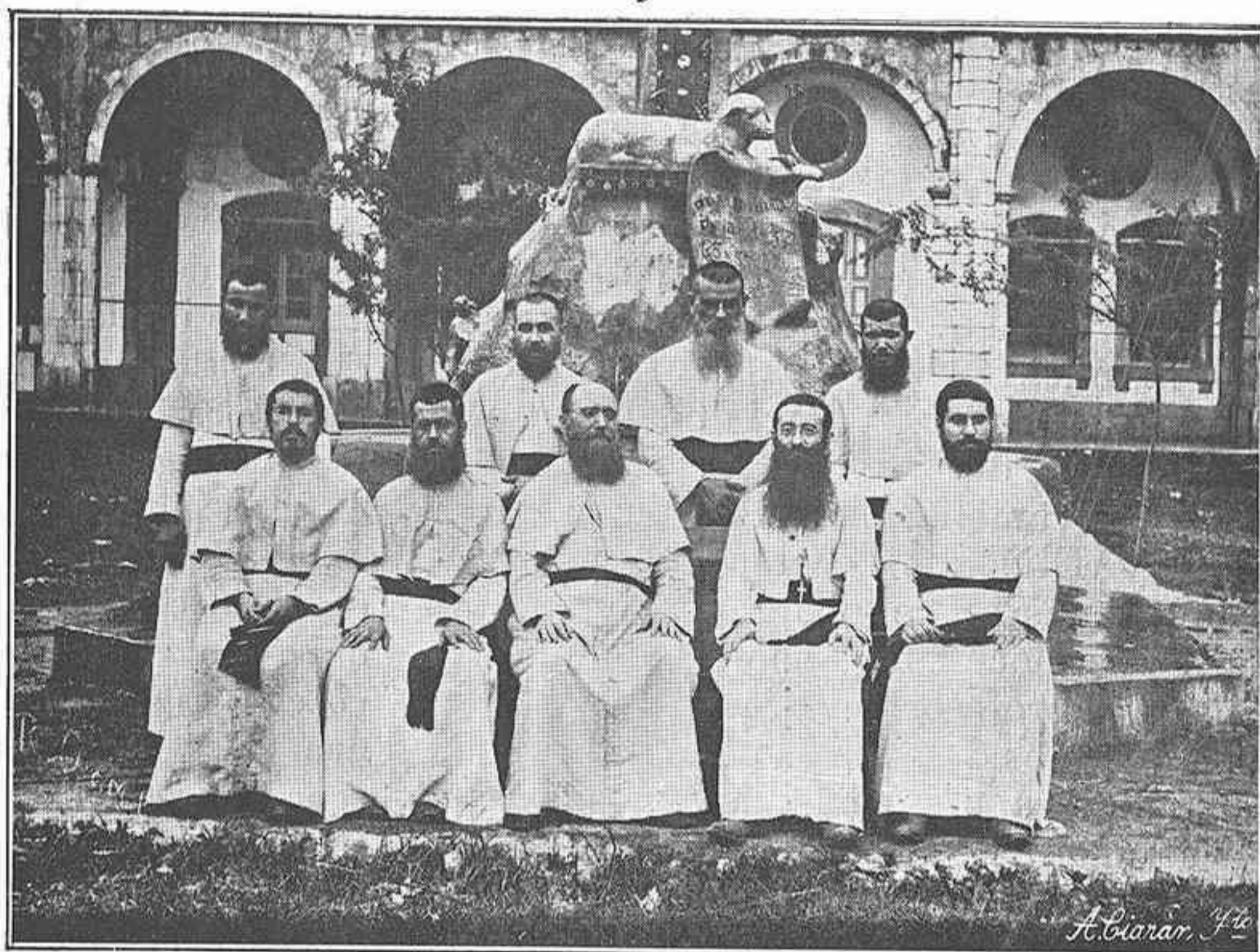
Algunos días después, el ejército vino a buscar un refugio en Wairiki, en la isla de Teveuni, y allí esperar al enemigo. El rey conservaba la cruz preciosamente: le acompañaba el P. Fabre, quien le sostenía con sus consejos.

Los de Tonga se presentaron de ahí a poco para sitiar a Wairiki, bajo la dirección de un jefe temible y que infundía en todas partes temor: Wainigolo. Ratou Golea y sus soldados lucharon como leones, extraordinariamente alentados por la presencia y las palabras del venerable P. Fabre, quien había prometido el triunfo en nombre de la cruz recibida y besada afectuosamente por el rey. El sitio de la isla duró un día no más.

90 enemigos, entre ellos su general Wainigolo, cayeron bajo los esforzados golpes del ejército de Cahaudrove, el cual no contó entre los suyos ni un solo muerto. La victoria era completa, la cruz había triunfado.

El rey Golea, quien la había recibido y besado, reconoció la intervención de lo alto: se declaró católico y mandó a sus soldados que le imitaran. Había sido un nuevo Constantino cuando puso toda su confianza en la cruz; fué un nuevo Clodoveo al declararse católico y al exhortar a sus soldados a que siguieran su ejemplo.

Aquella misma tarde de la batalla, el ejército de Tonga, aterrorizado, huyó en las canoas que había llevado consigo. Desde aquel día, la religión católica, cuya cruz es la bandera y sagrado emblema del reino, es muy honrada y practicada por la mayoría del pueblo de Cahaudrove. Se han establecido tres estaciones en aquel pueblo: Toulounoa, Savou-Savou y Wairiki, la más antigua, colocada bajo la advocación de la Santa Cruz. En Wairiki descansa el cuerpo del P. Fabre, muerto en 1886.



Comunidad de Misioneros españoles en Fernando Póo

Colegio de Gijón

El primer domingo de Febrero se celebró en Gijón la fiesta anual de la «Obra de la Santa Infancia,» a la que pertenecemos todos, contribuyendo con nuestras oraciones y limosnas a que se realicen los fines que se propone.

El día de la Purificación de la Virgen hizo los últimos votos de la Compañía de Jesús el R. P. Prefecto, a quien obsequiamos por la tarde con un recreo literario-musical, en el que tomaron parte, declamando preciosas poesías, José Dosal, Angel Escandón y Benedicto Torralba. Los discípulos del Padre le entonaron un canto coral en francés, la simpática comparsa de danzarines ejecutó varios juegos de cintas y palos, y la orquesta y el cine con selectas piezas y películas completaron el variadísimo programa.

En la primera semana de Febrero tuvimos exámenes de todas las clases, cuyos diversos resultados se nos dieron a conocer a cada uno el día nueve en el salón de actos, después de un examen general allí mismo de la primera parte del catecismo, siendo preguntados principalmente todos los de sexto año. Lo restante del día fué de campo, que vino muy bien para despejar las cabezas, en especial de los maltratados por *cates* imprevistos.

Para los días de Carnaval nos dispusi-



mos a desagraviar al Señor, leyéndose en los estudios y comentándose el sentido artículo de nuestro compañero de Málaga señor Barrionuevo, que se insertó en el número anterior.

Los tres días hubo comunión casi general. Se expuso el Santísimo a las nueve, siguió la misa y velamos por turnos de a cuatro hasta las cinco de la tarde. A esta hora, después del rosario, predicaron cada día respectivamente los PP. Gómez, Arístimuño y Elizondo, acerca de materias muy oportunas que expusieron con genuina y fervorosa elocuencia, sobre todo nuestro benemérito profesor de Preceptiva y Literatura que nos describió lo que es la vida, asemejándola a una comedia, y nos conmovió el corazón.

El martes hubo una devotísima procesión por los tránsitos superiores del Colegio, reposando el Santísimo en cuatro altares, obra del incansable y aguerrido pincel del H. Urbina, mientras se hacían las visitas de desagravio y se cantaban varios motetes.

Después de la función religiosa, hubo *cine* con muy bonitas películas, y el lunes se verificó la gran rifa, en que los caprichos del sorteo fueron tales como los de quedarse sin nada varios que tenían numerosos billetes, y alguien que a última hora se hizo con uno solo, salió agraciado con el primer premio de un magnífico valón, oyendo que al felicitarle le aplicaban sus amigos el refrán de que «*todos los pícaros tienen suerte,*» y no pudiendo menos de darse por aludido este novel cronista, servidor de Vdes.,

Alfonso Llanes.

Congregante de quinto año.

VALENCIA

Colegio de San José

El Santo del R. P. Rector

Todavía quedaba en nosotros algo de aquel dejo de amargura y tristeza que suele acompañar siempre a la separación de nuestras familias, con quienes pasábamos agradablemente las tiernas fiestas de Navidad; cuando se nos anunció que el 12 de Enero íbamos a celebrar el día onomástico de nuestro amadísimo Padre Rector Alfredo Simón, verdadero Jefe y Padre amantísimo de esta otra familia, formada en este Colegio de San José, por más de doscientos cincuenta alumnos que cursamos el bachillerato.

Este pensamiento bastó para amortiguar todas nuestras penas y sólo deseábamos llegase día tan fausto, que tantos y tan vivos recuerdos iba a dejar más tarde en nuestros corazones.

Parece que la naturaleza quiso coadyuvar al éxito de nuestra empresa con un cielo espléndido y primaveral a medida de nuestros deseos.

A las siete y media, estábamos reunidos internos medio-pensionistas y externos en la hermosa capilla del Colegio y nuestro Padre Rector, acompañado de seis acólitos, celebró el Santo sacrificio de la misa. El acto resultaba por sí mismo conmovedor: la ornamentación de la capilla, los hermosos motetes que durante la misa cantaron los alumnos que componen la capilla coral de este Colegio, la comunión que todos ofrecimos por nuestro querido Padre, y aquella paz y santa alegría que rebosaba de nuestros corazones, demostraba bien a las claras, cuál era el espíritu que, en aquel fausto día, teníamos todos los que en aquella Santa Capilla estábamos congregados.

Después del desayuno, nos dirigimos a los patios de recreo para esperar la hora de poder dirigirse cada brigada en corporación al aposento del Padre Rector, para felicitarle con motivo de su Santo.

A las diez poco más o menos nos tocó a los de la tercera Brigada, y precedidos de nuestro brigadier Sr. Cuadrado, entramos en el aposento del Padre el cual nos recibió cariñosamente. Luego se adelantó el brigadier y con sentidas frases, recitó ante el Padre una hermosa poesía, en la que en elegantes estrofas ensalzaba la gratitud, virtud nobilísima, vínculo que liga con estrechos lazos a los hombres. A la mitad de la composición se adelantó el sub-brigadier Sr. Sanmillan llevando en una mano un precioso álbum de tarjetas postales escritas por cada uno de los alumnos medio-pensionistas de la tercera Brigada, y en la otra un vistoso ramo de flores, todo lo cual le entregó besándole después respetuosamente la mano, al mismo tiempo que el brigadier terminaba su composición, recitando las siguientes estrofas:

.....guárdalo Padre y si algún día
ves de un ingrato la alevosía,
sientes lo amargo de la virtud,
dí al ver las flores que el ramo encierra:
«Aún hay quien ama sobre la tierra,
aún no está seca la gratitud.»

Terminada esta tierna y familiar felicitación, contestó el Padre con amorosas frases cuánta era la dicha que experimentaba en aquellos momentos al ver que los que con tanta propiedad le llamaban Padre, se acordaban de él en el día de su santo y correspondían al interés que tenía, no sólo él, sino todos los Padres del Colegio, para que saliéramos esforzados adalides y campeones de la Religión de Jesucristo.

Ensalzó asimismo la gratitud, esperando que así

como él se acordaría siempre del testimonio de filial afecto que acabábamos de tributarle, también nosotros cuando saliéramos del Colegio para frecuentar otros centros docentes, en los que tal vez no estaremos resguardados, como aquí, de los vientos y tempestades que la impiedad dirige contra los discípulos de Cristo, acordándonos de las enseñanzas que en este Colegio recibimos, sabríamos defender con entereza nuestras convicciones, sin avergonzarnos de practicar la fé que profesamos en el Santo Bautismo, a la cual han pertenecido los hombres más eminentes que en saber han brillado sobre la tierra.

Luego fuimos desfilando ante el Padre, que nos obsequió a todos con una preciosa estampa en que se representaba al Niño Jesús, como sacerdote, como niño y como víctima. El Padre Prefecto, nos repartió caramelos y dulces y todos salíamos del aposento gratísimamente impresionados.

A las doce, se nos sirvió una espléndida y delicada comida.

A las cuatro y media de la tarde, comenzó la velada dedicada al Padre Rector, con un discurso del Sr. Gadea, brigadier de la primera Brigada, quien con elegante estilo ensalzó la labor llevada a cabo por el Padre durante los tres primeros meses de curso, y fijó particularmente la atención en la restauración de las academias de Literatura, que desde hace algunos años estaban olvidadas, por la extensa materia que exigían los programas oficiales y que ahora gracias a las gestiones llevadas, a cabo por el Padre, tenían lugar todos los jueves de once a doce.

Terminó el Sr. Gadea, felicitándole en nombre de la primera Brigada, cosechando por su trabajo repetidos aplausos.

Luego se ejecutaron hermosas piezas de gramófono y numerosas e interesantísimas películas cinematográficas, intercaladas entre las composiciones alusivas al acto, que declamaron los Sres. Cavaniillas, Salmón, Sanchís Creixach y Garrigues, siendo todos aplaudidísimos por sus trabajos.

El diálogo «Tesoro de los Jesuitas al descubierto» original del Sr. García (Ramón), alumno de quinto año, puso digno remate a la velada. El Sr. Sancho, uno de los interlocutores, preguntaba a su compañero, si por ventura había visto alguna vez en el Colegio algún tesoro de los muchos que se decía tenían los Jesuitas, a lo cual contestó el Sr. García con mucha naturalidad, diciendo que efectivamente había visto un tesoro muy cerca de allí el cual era superior a cuantos poseían los Jesuitas, pues era nada menos que el Padre Alfredo Simón, al cual se dedicaba la velada.

Terminóse el diálogo, pidiendo, ambos alumnos en nombre de todos, al R. P. Rector, concediera un día de campo extraordinario en honor a su Santo

patrono, y el R. P., accedió a lo que tanto apetecíamos.

Así voló aquel día de fiesta, que llegó a colmar nuestros deseos, y del que difícilmente nos olvidaremos, los que tenemos la dicha de pertenecer a nuestro amadísimo Colegio de San José, donde tan alegres y tranquilos van deslizándose los más hermosos años de nuestra vida.

Juan J. López Laguarda.

Congregante Mariano

Las Secciones en las Congregaciones Marianas

Quien quiera que profundice algo en la historia y en la organización de las Congregaciones Marianas se persuadirá muy luego de que no se reduce ni mucho menos su obra a las oraciones y pláticas, rezos y cánticos acostumbrados en los actos ordinarios de congregación. Las Congregaciones Marianas tienden a la formación y perfección de todo el hombre; su fin es llenarle del espíritu de Cristo y de su Santa Iglesia mediante una esmerada y acendrada devoción a la Santísima Virgen, y consiguientemente le estimula a buscar y procurar en todo el reino de Dios sobre la tierra. Para responder a esta vocación que, como salta a la vista, es ni más ni menos que el apostolado en toda su extensión, es preciso ante todo que el congregante mire como su principal virtud la laboriosidad nunca desmentida y el celo por la gloria de Dios, cuyo sagrado fuego ha de arder siempre vivo en el altar de su corazón.

Pero es preciso por otra parte que este celo no sea una ilusión ni un vano idealismo y que a esta actividad y laboriosidad se la ofrezca un campo real donde explayarse y hacer bien, no sólo un campo imaginario donde engañar un mentido o ineficaz deseo de hacer bien. Para eso los congregantes deben saber también dónde y cómo le han de hacer, qué empresas buenas deben ayudar y qué malas combatir.

Y cierto que no es poco lo que se puede hacer aun en centros a primera vista insignificantes:

La frecuencia de los Santos Sacramentos, el ornato de las iglesias, la difusión de la buena prensa y el cuidado y asistencia a pobres y enfermos; todas estas y otras muchas son empresas a que se pueden y según su historia se deben dedicar los congregantes aún en centros pequeños y parroquias secundarias.

Ahora bien, es un principio evidente que no todos pueden dedicarse indistintamente a todo. Las aptitudes é inclinaciones] son en los hombres muy diversas, y por lo tanto se ajusta también desigualmente a cada uno la diversa clase de trabajos, todos

utilísimos y necesarios no pocos para la gloria de Dios y la salvación de las almas.

De este principio tan práctico como evidente parte la Congregación al decretar y regular entre sus miembros la división del trabajo o sea las Secciones. Porque las Secciones, en efecto, no son sino la división del trabajo puesto en práctica, sin grupos diversos de congregantes que forman como un cuerpo debidamente subordinado para dedicarse a alguna de las obras especiales de la Congregación.

Cada Sección emprende su obra propia, ora tenga



Milagrosa imagen de la Virgen, que bajo el título de *Mater Pietatis* se venera actualmente en la iglesia del Noviciado de la Compañía de Jesús en Roma.

(Léase la conmovedora narración «*Un Ramo de Rosas*» opúsculo, a 6 pesetas el ciento; D. Vicente Fenollera, Mar, 51, Valencia.)

por fin inmediato la santificación de los mismos congregantes que la forman (como por ejemplo la Sección de la Comunión diaria) ora la práctica de las obras de misericordia o espirituales o corporales como las Secciones de Catecismos o las de Visitas a los enfermos y otras. Hay en muchas Congregaciones secciones de canto para el esplendor de los actos religiosos de la misma Congregación y la difusión del canto popular religioso en general, conforme a los deseos de Pío X; las hay de misiones para cooperar a su florecimiento con limosnas y vocaciones; las hay de propaganda tanto oral como escrita para la defensa de la Iglesia y sus doctrinas mediante la difusión de escritos apologeticos y el uso de la palabra en conferencias y meetings; las hay de ejercicios para la facilitación a todas las clases de la sociedad de un medio de santificación y regeneración social

tan acreditado por la experiencia de cuatro siglos; las hay de sociología para ayudar al bien espiritual y temporal de la clase obrera; las hay, en fin, de tantas clases cuantos son los problemas de acción católica que es hoy preciso estudiar y resolver y a cuya solución pueden contribuir según su clase y condición social los miembros de las diversas Congregaciones Marianas.

Para su buena marcha tienen las Secciones sus propias reglas, su organización particular y su peculiar gobierno, dependiente, como es claro, del gobierno general de toda la Congregación y compuesto en cada sección de miembros distintos en número y oficio. Así por ejemplo, en la Congregación de la Inmaculada y San Luis de Barcelona (una de las que más y mejor organizadas tiene las Secciones) forman el gobierno o junta de la Sección de «Guardia de Honor» solamente un prefecto y un secretario con los correspondientes jefes de grupo. En cambio la Sección de Visitas al Hospital general de Santa Cruz tiene en su junta un prefecto, un subprefecto, un tesorero, un secretario, siete celadores y tres bibliotecarios. Y la Sección magna denominada Centro de Nuestra Señora del Carmen y San Pedro Claver que a su vez abraza tantas otras secciones cuantas son las obras que sostiene en pró de los obreros de la barriada de San Martín de Provencals; la Sección o Centro de Nuestra Señora del Carmen es gobernada por una junta general directiva compuesta de un presidente, dos vicepresidentes, un secretario, un vicesecretario, cuatro auxiliares, un bibliotecario y un depositario y por juntas particulares, una por cada una de las nueve secciones en que como hemos indicado se subdivide. Enteramente análoga a la de Nuestra Señora del Carmen es la Sección del Patronato de la Sagrada Familia o Centro de San Francisco Javier.

Las Secciones no son un fin en la Congregación; son solamente un medio de definir cuidadosamente, repartir con acierto y cultivar con arte y lo más perfectamente posible el campo de acción propio de cada uno.

¿Pero no son, se objeta, una novedad en la institución mariana? ¿No han pasado siglos sin que se conocieran ni siquiera de nombre esas Secciones? A lo que se pudiera responder desde luego. ¿Son o no son buenas y aún excelentes esas novedades? ¿Ayudan o nó al mejor logro del fin apostólico, evidentemente propio de las Congregaciones y como tal recomendado por todos los Papas y Generales de la Compañía que han legislado sobre ellas? Porque si encajan perfectamente en el marco de las Congregaciones, si responden enteramente a su espíritu, su novedad resultaría más que argumento poderoso para rechazarlas, prueba palmaria de la perfectibilidad y progresos efectivos de la institución mariana que no debe ser en esto inferior a cualquiera otra institución humana.

Pero en realidad de verdad las Secciones no son cosa nueva en las Congregaciones Marianas; pues, aunque antiguamente no se las designase con este nombre, existían no obstante de hecho. Famosísimo fué, por ejemplo, en la Congregación de Dilinga el «Colloquium Marianum.» (Coloquio Mariano) que no era sino una sección para el fomento de las conversaciones espirituales a honra de María Santísima. La Congregación de Fulda organizó perfectamente la Sección de la Comunión frecuente. Las visitas a los enfermos de los hospitales se hacían entonces como ahora por Secciones; toda vez que no se obligaba a ellas a todos los Congregantes, sino se escogían varios de ellos a voluntad del Director. No eran siempre los mismos y por eso tampoco era su organización la más acertada y permanente que hoy tienen estas Secciones, pero en lo substancial existían.

Lo que hay pues de nuevo en las Secciones como hoy se conocen es, además del nombre, su gran difusión, su organización más precisa y definida y en todo conforme a los adelantos y exigencias de la época en materia de propaganda y acción católica. También es nuevo y se debe a nuestro actual bondadosísimo Papa Pio X, el reconocimiento oficial y canónico de las Secciones con el nombre mismo y la organización que hoy tienen. Notifícame el 28 de Noviembre de 1910 el P. General de la Compañía, Francisco Javier Wernz que en varios colegios de América los Congregantes marianos habían formado una Sección Eucarística, obligándose los que de ella formaban parte a oír todos los días la Santa Misa y hacer al Santísimo por lo menos una visita diaria; a comulgar también diariamente o por lo menos tres veces a la semana y a procurar finalmente inducir a todos los colegiales a iguales prácticas de piedad y celo apostólico. Y el Padre Santo grandemente complacido de tales nuevas aprobó y recomendó dicha Sección Eucarística, concediendo una especial bendición a todos y cada uno de los alumnos que la formaban y a los directores de las Congregaciones que la habían establecido. Diez días después, el de la Inmaculada del mismo año, promulgaba el P. General las reglas oficiales para todas las Congregaciones marianas y en ellas decía que «para la buena marcha de estas obras (a que debe dedicarse la Congregación) convendrá formar, si el personal lo permite, Secciones particulares con organización y vida propia, aunque siempre subordinadas a la autoridad que gobierna la Congregación.»

Han fallecido los antiguos alumnos del Colegio del Salvador, de Buenos Aires;

D. Alfredo S. Brié, en Nápoles, recibidos los Santos Sacramentos y la bendición papal; y D. Roberto Ruiz, en Buenos Aires, Congregante, de tercer año de Medicina, con una muerte edificante.

Doña Rita y la Silveria

Silveria.—Señorita, aquí están las bulas que usted me ha mandado comprar. Algo caricas parecen, pero me han dicho que no son menos.

D. Rita.—Las bulas no se compran, y no digas eso nunca, Silveria, sino que has tomado las bulas.

Silveria.—Pues le advierto a Ud. señora, que sin dinero no me las hubieran dado: conque ya ve usted si es comprar.

D.ª Rita.—Eso no importa: también cuando vamos al tren lo primero que hacemos es ir a la taquilla y pagar. Después nos dan un billete para entrar al an en y a los coches, y no decimos que lo hemos comprado, sino que hemos tomado el billete.

Silveria.—Es verdad, señorita. Cuando yo vine la primera vez a Zaragoza, sacó mi padre el billete en Salillas, y cuando dió tantas perras por un pedazo de cartón tan pequeñico, le dije: «¡Padre, qué caro es ese cartoncito! ¿No le habrán engañado?» Y él me dijo: «No, tonta, ya verás; con este cartoncico iremos hasta Zaragoza sin gastar más perras y en poco rato.» Y así fue: con sólo enseñar aquel billete tan pequeño, nos dejaron ir en tren hasta aquí.

D.ª Rita.—Pues esto es la bula, Silveria, un billete que nos autoriza para ganar muchas indulgencias y para comer de carne muchos días del año que son vigilia, sin que dejemos de ser por eso buenos cristianos ni ofendamos a Dios, o lo que es lo mismo, un medio fácil de cumplir con el cuarto mandamiento de la iglesia, que manda ayunar en ciertos días del año.

Silveria.—Entonces, sólo los que tienen dinero pueden tomar la bula...

D.ª Rita.—Y es claro, como sólo los que tienen dinero pueden tomar billete para venir más cómodamente y más pronto a la ciudad.

Silveria.—¿Y el que no quiere comprar ese billete que llama Ud. bula?

D.ª Rita.—Pues que no tiene derecho a los favores que se conceden por la bula. Así como tú si no hubieras tomado el billete no tendrías derecho a venir en el tren. Podías venir en carro, a caballo, a pié, como quisieras; pero en tren sin billete, no; más largo y penoso hubiera sido el viaje, pero nadie te obligaba a tomar el tren. De la misma manera el que no quiere tomar la bula, que no la tome; pero sea buen cristiano y cumpla con todas las vigiliias del año que son unas cien; y si no quiere tener derecho a los favores e indulgencias que se conceden por la santa bula, que haga otras cosas buenas para asegurar su salvación.

Silveria.—Siempre viene a resultar lo que decía Ricardo el carnicero, que los ricos con dinero toman la bula y comen carne y los pobres...

D.ª Rita.—Los pobres demasiado tienen con serlo. Con bula y sin bula pueden comer carne y pescado y lo que les den de limosna en cualquier día del año. Y así dile a Ricardo que no tenga reparo en repartir a los pobres del barrio toda la carne que quiera en los viernes de Cuaresma y aunque sea el Viernes santo. Pero los que van a la carnicería todos los días para guisar su cocido decente, no son tan pobres que no pueden dar una peseta y veinticinco céntimos, para comer de carne muchos días de vigilia y ganar muchas indulgencias.

Silveria—Ya veo, señorita, que se explica Ud. muy bien y tiene mucha razón, pero al fin los pobrecitos no pueden ganar esas indulgencias, y parece mal que sólo por ser pobres no tengan esas gracias.

D.^a Rita—Vas muy equivocada, Silveria. Los que necesitan trabajar para mantenerse a sí y a su familia y no pueden tomar la bula, que recen un Padre nuestro y un Ave María en los días que sean de ayuno o abstinencia; y siendo buenos cristianos, y teniendo resignación y conformidad con la voluntad divina en llevar su pobreza y privaciones, ganarán, no solamente indulgencias, sino otros muchos méritos que sólo Dios sabe y ha de recompensar eternamente.

Silveria.—Así ya me parece bien, y cuando me vengan diciendo que *con dinero se puede comer carne, y sin dinero no dejan los curas*, ya sabré qué contestarle al tío carnicero. que nunca da ni siquiera un hueso a los pobres que le piden.

D.^a Rita.—Y además puedes añadirle que los dineros de la bula son precisamente para que los pobres en'ermos estén mejor atendidos y coman carne en los asilos y hospitales, y parte también para las iglesias pobres.

EL CRISTO DEL COSCORRÓN

(Cuento Aragonés)

—Tío Mateo, ice el señor cura que venga usté a ayudar al sacristán a limpiar el altar mayor.

—¿Y los dineros?

—Ya sabe usté lo que se da, seis riales por toa la tarde.

—Menos da una piedra. Iré, por más que el Cristo no me debe querer mucho a mí.

—¿Por qué?

—Porque li ofrecí un par de misicas cuando estuvo mala mi entenada si se curaba, y se curó y no las pagué.

—Bien podia usté haber cumplido, porque pa no cumplir, no le cabía a osté prometer.

—Verdá es, pero el tempero ha sido malo, y este año la cosecha pa tú no la quisiás.

—En fin, allá usté. Conque esta tarde a las dos, venga usté a ayudame.

—¡Bueno, hombre, bueno!

En la iglesia.—*El sacristán y Mateo limpian el altar. Mateo, al querer levantar el Cristo grande, se le cae encima y le hace una gran herida en la cabeza.*

Mateo.—¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡¡Socorro!

El Sacristán.—¿Por qué l' ha tocau usté? ¿No ve usté que es muy grande y que no podía usté sostenerlo?

—¡Que me estoy desangrando!

Acude el cura, los vecinos, mucha gente. Mateo se pone muy malo, hay que llevarle a su casa, y la conmoción cerebral se complica.

Su mujer.—¡Bien empleado se te está por no cumplir! ¡A Dios no se le engaña!

—Sí, sí, ya veo que me la ha guardau. ¡Ay María, yo estoy mu malo, veo lucecicas por toas partes!...

El médico aconseja que le confiesen, porque no responde de su vida.

En efecto; a la noche se agrava, delira, tiene perdido el conocimiento.

—¡Pobre Mateo!—dice todo el pueblo.

Hay una verdadera consternación.

Se avisa al señor cura; apenas puede confesar al enfermo, porque éste responde de un modo incoherente. Antes de darle el Viático el cura le enseña un Cristo chiquito que trae en la mano, y le dice:

—Mateo, Dios te viene a ver; pídele perdón de lo que le has ofendido...

Mateo abre los ojos, mira fijamente al Cristo y exclama dirigiéndose a él humildemente:

—Pequeñico eres; pero como traigas las intenciones del otro..... ¡purgatorio tengo pa rato!

APOSTOLADO de la ORACIÓN

Primer grado

MARZO

Intención General aprobada y bendecida por Su Santidad

Los ejercicios en clausura.

ORACIÓN PARA ESTE MES

Oh Jesús mío! por medio del Corazón inmaculado de María Santísima os ofrezco las oraciones, obras y trabajos del presente día, para reparar las ofensas que se os hacen, y por las demás intenciones de vuestro Sagrado Corazón.

Os las ofrezco, en particular, para que se propague más y más la práctica de los ejercicios en clausura.

RESOLUCIÓN APOSTÓLICA

Hacer y procurar que otros hagan ejercicios en clausura.

La Religión demostrada o los fundamentos de la Fe Católica

ante la razón y la ciencia, por el P. A. Hillaire, ex-Profesor del Seminario Mayor de Mende, Superior de los Misioneros del S. C.—Versión castellana de la 10.^a edición francesa, por Monseñor Agustín Piaaggio, Capellán de la Armada y Diputado a la Legislatura de Buenos Aires.

Quizás nunca como en nuestros días, fué la Religión objeto de vivas discusiones y polémicas. Atravesamos sin duda uno de los períodos más críticos y graves. Mientras por un lado la incredulidad trabaja febrilmente por socavar en nombre de la ciencia los cimientos de la Religión revelada y aún los de la natural, por otro, muchos apologistas abandonan cobardemente las posiciones hasta ahora ocupadas por la Fe, confundiendo el orden sobrenatural con el natural y terminan en un subjetivismo agnóstico-esceptico, que es la base aparatosa del racionalismo incrédulo. Contra esas dos clases de enemigos urge reivindicar la antigua, siempre verdadera e inconcusa doctrina tradicional, que, apoyándose en hechos, se eleva a la realidad de su causa.

Se echa de ver en las páginas de este libro, una lectura inmensa que verdaderamente asombra; con todo, al revés de lo que suele ocurrir en no pocas de las obras de esta clase, las citas no son más que las necesarias, elegidas con singular acierto, para no fatigar y distraer la atención de los lectores. Lo que más admira, no obstante, son las condiciones pedagógicas, la distribución de materias, el orden en la exposición, el llevar gradualmente y como por la mano de lo fácil a lo difícil, de los principios a las consecuencias, eslabonadas estas entre sí con lógica irresistible, el no dar un paso sino sobre terreno firme, después de sentadas con solidez las bases de discusión. Verdaderamente tiene razón el autor al decir en el prefacio: «El objeto de esta obra es dejar establecido que el templo donde se afirma es también el templo donde se demuestra, y que la Religión no es una hipótesis, sino una verdadera ciencia.»

Nada tienen, pues, de extraño las extraordinarias aprobaciones y alabanzas que de ella se han hecho, no sólo de la edición francesa (que cuenta hoy día 16 ediciones) sino de ésta, castellana, especialmente las del Arzobispo de Buenos Aires y del Obispo de Paraná (Argentina) antes de su publicación. Los jóvenes seminaristas y estudiantes de los liceos y pedagogiums, así como los padres de familia y los maestros cristianos, encontrarán aquí algo vivo, que les habla con lenguaje conocido, que satisface plenamente su inteligencia, que despierta en ellas sanas preocupaciones sobre problemas capitales y proporciona a su fe defensas invencibles.

Precios: Un volumen de 12 1/2 por 19 1/2 cms., de 718 págs., esmeradamente impreso. En rústica, pesetas 3,50; sólida y artísticamente encuadernado en tela

inglesa superior, ptas. 4,50.—Por correo, certificado pesetas 0,50 más.—Luis Gili, Editor, Claris, 82, Barcelona. Apartado 415.

Compendio de Historia Eclesiástica,

Compuesto en alemán por el Dr. J. Marx, Profesor del Seminario de Tréveris, y traducido de la 6.^a edición original, por el R. P. Ruiz Amado, S. J.—Un tomo en 8.^o de casi 700 páginas.

La Revista de los Jesuitas alemanes, *Stimmen aus Maria Laach*, dice lo siguiente; Ya en su primera edición de 1903, demostró este libro ser maduro fruto de intenso estudio y reflexión, y de muchos años de práctica en la enseñanza superior. Con esta disposición hábil y agradable, reúne todas aquellas cualidades que aumentan el valor de una obra didáctica como esta.—Desde aquella fecha, el autor no se ha cansado en continuar completando y redondeando su libro, como lo observábamos al hablar de su tercera edición. Ahora, finalmente, se puede alabar esta obra con toda verdad, de que ofrece toda la materia de la Historia Eclesiástica en concisa brevedad, pero de una manera muy completa y con sobresaliente claridad y orden, dando la verdadera inteligencia del aspecto fundamental de los acontecimientos históricos, y conduciendo no sólo al pleno conocimiento de los hechos, sino también a su apreciación oportuna e ilustrada.

Advertencia: Puede pedirse desde luego la *Edad Antigua*, remitiendo a la Librería Religiosa (Aviñó, 20, Barcelona), el importe de todo el libro, cuyo precio es, durante su publicación, de 6 pesetas en rústica.

Toda la obra quedará terminada, Dios mediante, en Abril del corriente año, para que pueda servir de texto el curso próximo.

Librería Religiosa, Aviñó, 20—Barcelona.

Geografía-Atlas

Nuevo curso de Geografía General

Por el F. T. D.—Segundo grado para uso de los Colegios de 1.^a enseñanza. Comprende la descripción físico-político-económica de las cinco partes del Mundo y la geografía especial del Reino de España. Un volumen infolio con 90 ilustraciones o mapas a todo color, 3 pesetas.—Librería Católica, Calle del Pino, 5, Barcelona.

Los numerosos Profesores y Directores de Colegios que tienen adoptados los cursos de Geografía-Atlas por F. T. D. están de enhorabuena.

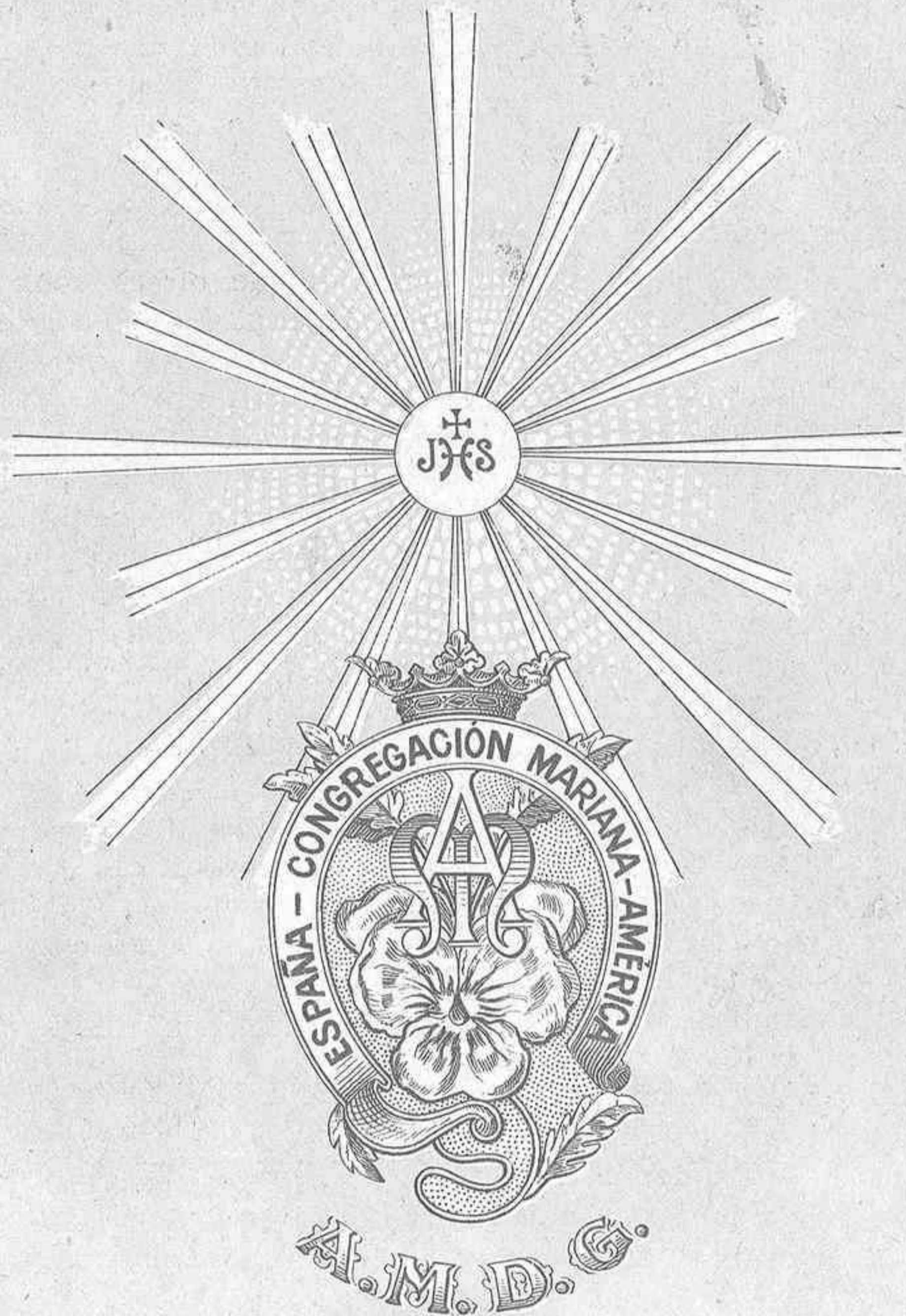
Se ha puesto a la venta el curso medio o segundo grado, que es digno de sus antecesores.

El texto está redactado con gran sentido pedagógico. Campean en todo él la claridad y la brevedad que son de rigor en todo manual.

No dudamos que tal libro gustará extraordinariamente a los chicos y ayudará poderosamente a los Profesores.

PAGINAS ESCOLARES

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

<u>ESPAÑA</u>		<u>ULTRAMAR</u>
Un año.....	6 pesetas	Un año..... 7 pesetas
Número suelto.....	0,60 »	Número suelto..... 0,75 »

FRANQUEO CONCERTADO

DIRECCIÓN
Colegio de la Inmaculada, Apartado 32
Gijón (Asturias)

CENTROS DE SUSCRIPCIÓN
Todos los Colegios de la Compañía
de Jesús.